



- **El cambio de valores y la trayectoria mexicana**

Alejandro Moreno

- **Leales y volátiles, proceso de consolidación del nuevo sistema de partidos mexicano a través de las elecciones de diputados federales en México, 1994-2003**

Silvia Gómez Toque



• • • • •  
**PARTIDOS POLÍTICOS Y  
SISTEMAS ELECTORALES**  
• • • • •



reflexiones  
de  
política  
democrática

---

**El cambio de valores y la trayectoria mexicana.  
Leales y volátiles: proceso de consolidación del nuevo  
sistema de partidos mexicano a través de las elecciones  
de diputados federales en México, 1994–2003.**

Serie: reflexiones de política democrática

Primera Edición, 2006

D.R.© 2006 Instituto Electoral del Estado de México  
Paseo Tollocan No. 944, Col. Santa Ana Tlapatlán,  
Toluca, México

ISBN 970-9785-39-7 (Serie)  
ISBN 970-9785-46-X

Impreso en México

## Presentación

---

EL SEMINARIO PERMANENTE “Partidos Políticos y Sistemas Electorales”, creado en 2004 a iniciativa de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM) y el Instituto Electoral del Estado de México (IEEM), busca ampliar la difusión de las ideas tratadas en su seno, a través de una línea editorial que permita reflexionar sobre los temas periódicamente. Por ello, nos complace compartir con ustedes un par de trabajos presentados en el mismo, que esperamos sean de suma utilidad para los estudiosos de la cultura política, las elecciones y los partidos políticos. El primero de ellos pertenece a Alejandro Moreno, profesor e investigador en el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), el cual puntualiza que el sistema de valores de los mexicanos se ha ido transformando durante las dos últimas décadas, hasta llegar a las dos ideas que han conquistado al mundo: el mercado y la democracia. El autor examina el paso de un sistema económico semi-cerrado a uno más abierto, y el de un sistema político autoritario, con partido dominante, a uno democrático, multipartidista y competitivo. El autor concluye que el mexicano ha retomado algunos de sus valores tradicionales, como respuesta al mundo cambiante en el que ha vivido durante estos años, aunque señala que hay un evidente resquebrajamiento de los mismos, por la adopción de los valores de la modernidad.

Por su parte, Silvia Gómez Tagle, profesora e investigadora en el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, hace una serie de reflexiones sobre la consolidación del sistema electoral, en las cuales señala que las democracias políticas se identifican con instituciones y reglas que merecen el reconocimiento de todos los actores políticos, para crear un sistema de partidos con creciente competitividad y con oportunidades para la alternancia en los distintos espacios de gobierno. Para la autora, la transición mexicana ha planteado problemas en dos niveles: el de las instituciones y las estructuras del viejo régimen, que han resultado inadecuadas para el desarrollo democrático, y en el realineamiento partidario como definición del sistema de partidos. Enfatiza que a nivel nacional se puede hablar de un nuevo sistema plural de partidos, donde el cambio de régimen se ha dado por medio de reformas electorales sucesivas y a través de elecciones cada vez más competidas, en las cuales hay una pérdida constante de votos en algunos partidos políticos, y a que muchos de estos ciudadanos se abstengan de votar. Tienen ante ustedes un producto más de este esfuerzo conjunto, concretado en un número más de esta colección. Ojalá se convierta en un material de consulta útil, que contribuya a transformar la cultura política de nuestra entidad en un cimiento de nuestra joven democracia.

**Dr. Gabriel Corona Armenta**

Consejero Electoral y Presidente del Comité Editorial del  
Instituto Electoral del Estado de México

---

## El cambio de valores y la trayectoria mexicana\*

---

Alejandro Moreno

“Lo mexicano no es una inalterable esencia, una estática y pareja suma de reacciones, sino una cambiante, como la propia vida, voluntad y comprensión humanas frente a los hechos objetivos e irremediamente concretos, específicos, nacionales”.

*Octavio Paz*

EL SISTEMA DE VALORES de los mexicanos se ha transformado durante las dos últimas décadas. Los cambios que han ocurrido son muy significativos y revelan a una sociedad que parece reinventarse a sí misma, que se reajusta a nuevas situaciones, que modifica su manera de vivir y de organizarse, dando la espalda a aspiraciones previas para redefinirse y redescubrirse con miras a un mundo más libre, diverso y crecientemente interconectado.

---

\* (Este artículo es un extracto del capítulo 2 del libro *Nuestros Valores: los mexicanos en México y en Estados Unidos al inicio de siglo XXI*, Banamex, 2005).

Como en otras sociedades, las dos últimas décadas del siglo XX fueron arraigando en la mente del mexicano las dos ideas que “conquistaron al mundo”, para usar las palabras de Michael Mandelbaum (2002): el mercado y la democracia. En México, los años ochenta testificaron dos grandes intentos de control del Estado que cambiaron el rumbo posterior de la economía y la política. El primero de éstos se dio en 1982, con la última de las grandes nacionalizaciones del estado ante las actuales generaciones de mexicanos: la de la banca. A partir de entonces, el rumbo de la política económica se guió bajo los principios del libre mercado. Primero con la entrada de México al Acuerdo General de Aranceles y Comercio en los ochenta (GATT, por sus siglas en inglés), y luego con un modelo económico que privilegió las privatizaciones, la desregulación y el libre comercio en los noventa. El año 1994 marcó el colofón del periodo, con la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). De los muchos tratados comerciales que México ha firmado desde entonces, el TLCAN (o NAFTA, por sus siglas en inglés) es, por mucho, el más importante en lo comercial y en lo simbólico, por el hecho de haber entrado en una sociedad histórica, en el sentido de socios, con los Estados Unidos. A diez años del TLCAN, los mexicanos parecen embarcados en un viaje de cambio cultural inevitable.

La otra gran acción de control estatal de los últimos veinte años se dio en 1988, con la, hasta ahora, última de las elecciones nacionales que generó un amplio sentimiento de fraude e imposición entre las generaciones actuales. La elección de 1988, independientemente de quién la hubiera

ganado de haber prevalecido la transparencia y la limpieza electorales, provocó un sentido de violación a uno de los derechos más fundamentales del ciudadano en una sociedad democrática: el sufragio efectivo. La violación a ese derecho puede verse como un atentado en contra de la libertad individual y de la decisión del individuo, un valor que se ha expandido y profundizado en la mente de los mexicanos. A partir de entonces, entre forcejeos, reformas y la construcción de nuevas instituciones, el rumbo de la política ha sido el de las elecciones libres y la democracia, la competitividad política y la construcción de la confianza en los procesos electorales (Woldenberg, 2002).

Indudablemente, el rostro de México ha cambiado en estos veinte años, de un sistema económico semi-cerrado a uno más abierto, y de un sistema político autoritario con partido dominante a uno democrático, multipartidista y competitivo. Aunque las grandes desigualdades sociales persisten, ahora partidos políticos distintos gobiernan a los mexicanos a nivel nacional y local, y las instituciones de representación política, como el Congreso, han cambiado su dinámica y, quizá, su razón de ser. Sin embargo, tal vez no sean las nuevas instituciones o los tratados comerciales lo que marquen la transformación más profunda de los mexicanos de los últimos veinte años. Aunado a esas transformaciones, hay un cambio mayúsculo, aunque poco reconocido, que se asemeja a una “revolución silenciosa” en estricto sentido: la ampliación y creciente valoración del sentido de libertad. El mexicano se siente hoy más libre y con un mayor control sobre su propia vida, con la capacidad de elegir y de tomar las decisiones que le afectan

directamente. Este sentido de libertad está fuertemente asociado con el bienestar subjetivo, con la felicidad. Acaso por ello, el mexicano ha aprendido a valorar más la libertad. Si la revaloración de la libertad es el cambio más significativo de los últimos veinte años, se trata de una buena noticia para la democracia mexicana.

La aspiración a la modernidad ha pasado a un segundo plano y los mexicanos se han reencontrado con sus valores más tradicionales. Esto no significa que la cultura mexicana esté retrocediendo veinte años en su sistema de creencias. Por el contrario, el mexicano ha retomado algunos de sus valores tradicionales, como respuesta al mundo cambiante en el que se ha desenvuelto durante estos años. Los noventa fue una década turbulenta en muchos sentidos. Esos años reinventaron al país en sus facetas comercial y política. Los mexicanos fueron testigos de magnicidios, de revueltas populares, de conflictos armados, pero también de la alternancia política y de la apertura comercial. Los mexicanos redescubrieron su nacionalismo y sus creencias religiosas, pero también vieron el alzamiento de indígenas que, representados por elocuentes líderes encapuchados, reclamaban una justicia que, a su decir, se les había negado por más de 500 años.

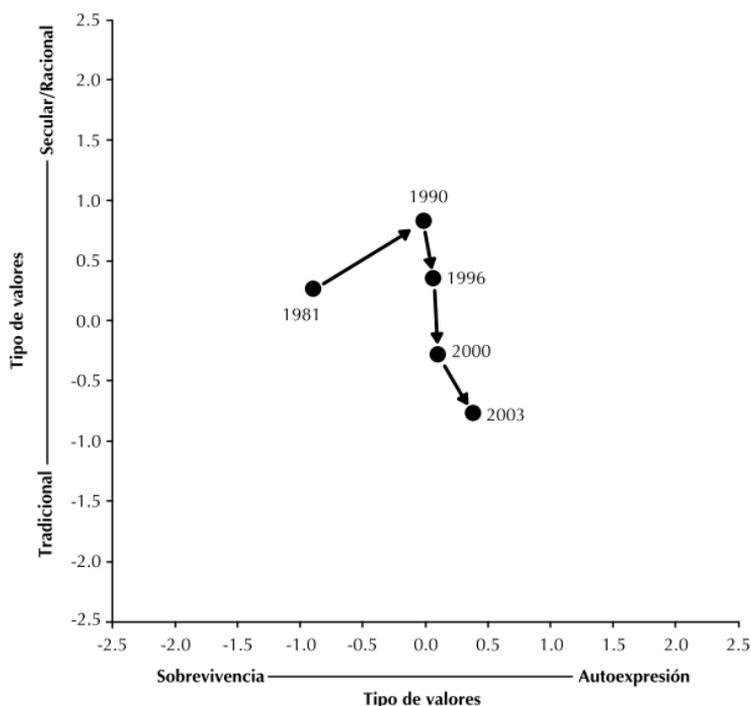
Ante la apertura y el cambio, ante la incertidumbre y la competitividad, el mexicano se refugió en sí mismo y en sus tradiciones, dando un giro radical en su trayectoria hacia la modernidad. Sin embargo, el mexicano siguió una trayectoria constante hacia los valores de la autoexpresión, dejando atrás, con todo y la incertidumbre y la inseguridad,

creadas por los magnicidios políticos, por la guerrilla y por la crisis económica de media década, los valores de la supervivencia. En la sociedad mexicana hoy prevalecen los valores tradicionales y pesa cada vez más la expresión propia. Pero no siempre ha sido así. Veamos cuáles han sido nuestras transformaciones.

La trayectoria de nuestros valores es claramente visible en las dos principales dimensiones valorativas documentadas en los últimos veinte años: la dimensión de valores tradicionales y de valores racional-seculares, por un lado, y la dimensión de valores de sobrevivencia y de autoexpresión, por el otro. Estas dos dimensiones tienen forma en México y nuestros valores han seguido una trayectoria en cada una de ellas, develando así los principios básicos que se reinventan en una sociedad cambiante como la nuestra.

En este trabajo se reproducen esas dimensiones empíricas de valores, que tienen significancia a nivel mundial y que definen al mapa global de valores. En esta reproducción se toman solamente los datos de México, con base en las cuatro rondas de la Encuesta Mundial de Valores, desde 1981 hasta 2000, además de la Encuesta sobre Valores Banamex 2003, tanto la muestra mexicana como la de Estados Unidos, en donde se incluye una importante submuestra de mexicanos que viven en ese país. La combinación de todas estas encuestas nos permite observar la trayectoria que los valores de los mexicanos han seguido en las dos últimas décadas y con ello determinar no sólo cómo hemos cambiado, también hacia dónde probablemente nos dirigimos.

**Figura 1. La trayectoria de los valores de los mexicanos: 1981-2003**



**Fuente:** Encuesta Mundial de Valores en México, 1981, 1990, 1996 y 2000, y Encuesta sobre Valores Banamex 2003 (tamaños de muestra: 1981 n=1,837; 1990 n=1,531; 1996=1,511; 2000 n=1,535; 2003 n=2,380).

La figura 1 muestra los promedios obtenidos en las encuestas mexicanas de valores, desde 1981 hasta 2003 y, con ello, la trayectoria que se ha seguido desde entonces. Veamos primero el cambio en cada uno de los dos ejes para luego interpretarlos en su conjunto.

## Hacia la modernidad y de regreso

DE 1981 A 1990 LA TRAYECTORIA de los mexicanos se evidenció por un resquebrajamiento de sus valores tradicionales y por la adopción de los valores de la modernidad. Este paso hacia la modernidad se reflejó en el abandono de los esquemas tradicionales de autoridad, en un creciente secularismo y en un debilitamiento del nacionalismo que se había alimentado con el discurso revolucionario. La década de los ochenta marcó una tendencia hacia la modernidad, como lo preveían las encuestas analizadas por Enrique Alduncin (1986, 1991) en esos años. No podemos remontarnos a un punto anterior a 1981, pero podríamos especular que la sociedad mexicana venía de una trayectoria ascendente en el eje vertical, tal y como lo indica la línea que va del promedio de 1981 al de 1990 en la figura 1. Es probable que, si tuviéramos una encuesta realizada en 1960 o en 1970, equivalente a la Encuesta Mundial de Valores en México, el punto previo a 1981, cualquiera que fuese, reflejaría un promedio más bajo en el eje vertical. En otras palabras, es probable que un punto anterior de medición reflejara a un México todavía más tradicional.

La tendencia hacia la modernización, entendida como una mayor secularización y una pérdida del nacionalismo revolucionario, dio un giro radical alrededor de 1990. En lugar de seguir un movimiento ascendente sobre el eje de la tradición a la modernidad —ascendente, gráficamente hablando, no porque el polo de la modernidad fuera superior— la trayectoria de nuestros valores fue opuesta

en la década de los noventa a lo que había sido en los ochenta. Esta trayectoria ha sido gradual y consistente, sin sobresaltos, como si los mexicanos supiesen desde un principio hacia dónde dirigir sus valores. Los noventa marcaron, así, un giro en el que los mexicanos volvieron a ciertas orientaciones tradicionales. Como reportan las encuestas de la serie *Los valores de los mexicanos*, de Enrique Alduncin, entre 1981 y 1995 el porcentaje de mexicanos que dice que “las costumbres y tradiciones no deben cambiar, son la herencia más importante”, pasó de 29 por ciento a 40 por ciento, lo cual refleja una muy significativa revaloración de las tradiciones en tan sólo 15 años. ¿Es esto un retroceso? La respuesta es no, pero para elaborar la respuesta un poco más, primero se requiere de una breve nota que nos aclare que este cambio observado no es producto de las metodologías empleadas en los distintos levantamientos de la Encuesta Mundial de Valores, sino de que efectivamente los valores de los mexicanos se han transformado en la dirección referida.

Quienes gustan de discutir las metodologías podrán argumentar que todo este periodo va acompañado de un cambio en la forma de hacer encuestas, con las más recientes teniendo una mayor representatividad de la población mexicana adulta que las anteriores, las cuales solían tener un cierto sesgo urbano. Sorprendentemente, aún mirando sólo las submuestras estrictamente urbanas de las encuestas recientes, de 2000 y 2003, para compararlas con las de 1981 y 1990, en caso de que efectivamente hubiese diferencias muestrales, la trayectoria que se observa en la figura 1 no sufre cambios significativos. Los puntos varían

poco, pero la trayectoria es la misma. Así, al descartar un efecto metodológico de estos estudios, podemos afirmar con confianza que los mexicanos emprendieron una nueva ruta cultural en los noventa.

En general, esta década evidenció una vuelta al tradicionalismo, que no había sido prevista por los teóricos de la modernización. La modernidad cultural se veía no sólo como una tierra prometida, sino como un estado inevitable. La periodista Alma Guillermoprieto lo puso de manera muy sucinta a principios de los noventa: “Para los chicos de Harvard y la Sorbona que actualmente manejan el gobierno mexicano [...] la diversificación de la cultura mexicana es rica en promesas. El nacionalismo y la tradición son *retardarios*, el cosmopolitanismo es creativo, y aquello a lo que solía llamarse imperialismo cultural es ahora conocido como ‘el futuro inevitable’” (1994: 244, *italicas en el original en inglés*). No obstante, el nacionalismo y la tradición marcaron la principal trayectoria de los mexicanos en los noventa.

Guillermoprieto pareciera recordarnos la reflexión de Octavio Paz acerca de nuestra aspiración decimonónica de ser como Estados Unidos y de pagar el costo de ello con nuestra propia identidad. A decir de la periodista, “lo que la gente quiere saber acerca del feroz advenimiento de la modernidad es lo siguiente: ¿Qué tan mexicano es ser moderno? O, en vez de eso, dado que todo lo moderno proviene de un país grande y poderoso, que se encuentra al norte, ¿qué tan mexicano es ser como los Estados Unidos?” (1994: 244)

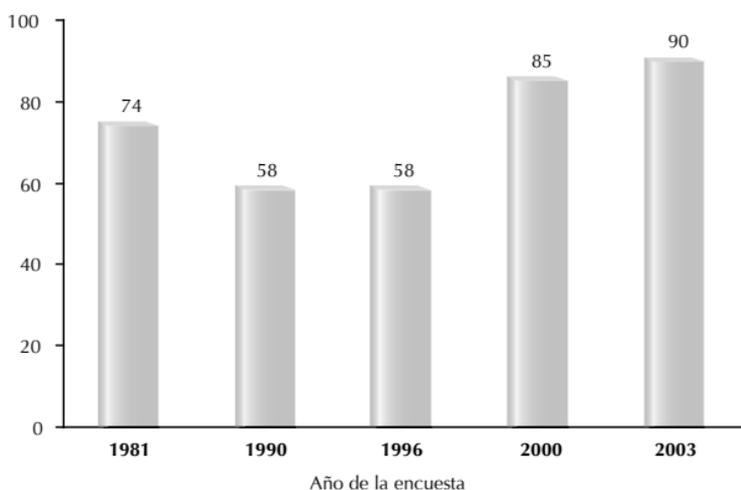
México, contrario a volverse más secular y más moderno durante los noventa, retomó sus tradiciones con una cara distinta a lo que éstas eran hacía solamente 20 años. En los noventa se reforzaron ciertas orientaciones religiosas, el nacionalismo y la deferencia o respeto hacia la autoridad. Analicemos cada uno de esos tres elementos.

## **El retorno a la espiritualidad**

DURANTE LOS AÑOS NOVENTA y ya entrado el siglo XXI, los mexicanos experimentaron un retorno a la espiritualidad. Pero esto presenta una paradoja: los mexicanos dan un mayor valor a Dios en sus vidas, pero no se alteran sus creencias ni se fortalecieron las prácticas religiosas institucionales. De hecho, un regreso a la tradición religiosa sugeriría que los mexicanos se han volcado en años recientes a las iglesias y templos, pero esto no ha sido el caso. El regreso a la fe tiene un sentido individual, no de compromiso institucional. De acuerdo con la figura 2, el porcentaje de mexicanos que le atribuye mucha importancia a Dios en sus vidas ha crecido durante los últimos años. La serie de datos comenzó en 1981 con un 74 por ciento de mexicanos que le daban mucha importancia a Dios en sus vidas, pero esta proporción se redujo a 58 por ciento en la primera mitad de la década de los noventa. Sin embargo, hacia 1996 y 2000 la importancia atribuida a Dios creció significativamente a 85 por ciento. ¿Estuvo acaso este enorme salto en la fe, en tan poco tiempo, relacionado con algún síndrome psicológico de fin de milenio? Si el retorno a la espiritualidad hubiese estado asociado con un

fatalismo de fin de siglo esperaríamos que ya pasado el año 2000 el porcentaje de gente que le da mucha importancia a Dios en su vida posiblemente se hubiera reducido. Pero, por el contrario, esa proporción creció a 90 por ciento en 2003. Los mexicanos siguieron con esta tendencia hacia la espiritualidad, dándole cada vez un mayor valor a Dios en su vida personal.

**Figura 2. El retorno de la espiritualidad.**  
**Porcentaje de entrevistados que dicen que Dios es “muy importante” en su vida, tomando los valores 9 y 10 en una escala de 1 a 10, 1981-2003**



La creciente importancia de Dios en la vida de los mexicanos no significa un cambio en las creencias, ni que la religión en su sentido institucional haya pasado por mejores tiempos

en los últimos años. Los datos mostrados en el cuadro 1 sugieren lo contrario. El porcentaje de mexicanos que creen en Dios ha sido más o menos estable durante las dos últimas décadas. Esta creencia es hoy, como lo era hace poco más de veinte años, unánime. Esto significa que la mayor importancia de Dios en la vida del mexicano refleja un fortalecimiento de la espiritualidad, no de las creencias religiosas. En 1990, por ejemplo, 93 por ciento dijo creer en Dios, pero 58 por ciento le atribuía mucha importancia en su vida. La diferencia entre ambos indicadores era de 35 puntos. En 2003, había un 98 por ciento de creyentes en Dios, y un 90 por ciento de mexicanos que le atribuían mucha importancia a su deidad, una diferencia solamente de 8 puntos.

La fe y la espiritualidad, no la religión en su carácter institucional, son las que se revigorizaron entre los mexicanos en los últimos años. Esto es claro en los otros indicadores que se muestran en el cuadro 1. El porcentaje de quienes dicen encontrar consuelo y esperanza en la religión cayó a principios y mediados de los noventa, con respecto a su nivel de 1981, para luego recuperarse en 2000 y 2003. Sin embargo, aun con esta recuperación, el porcentaje de mexicanos que dice encontrar consuelo y esperanza en la religión no llegó al nivel de veinte años antes. En el caso de la importancia de Dios en la vida propia, el porcentaje de la última encuesta, 2003, sí fue significativamente mayor que el de la primera de 1981: 16 puntos más.

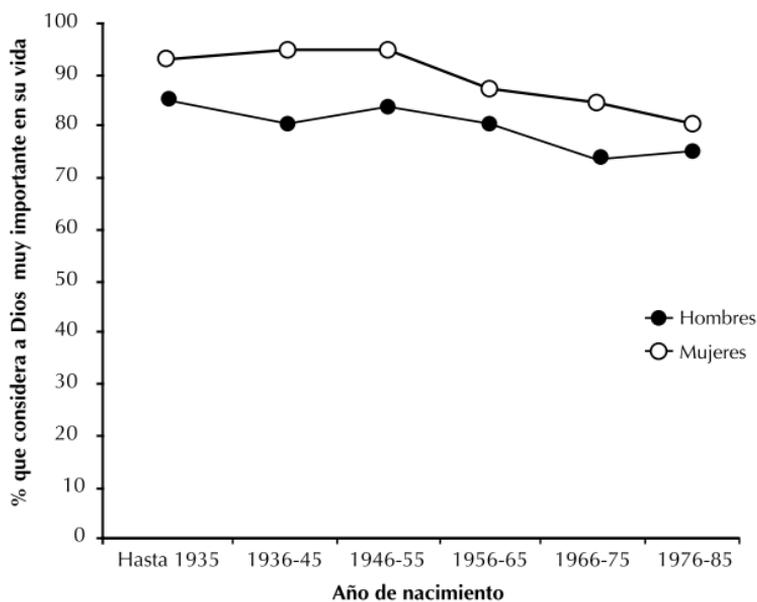
El indicador más evidente de que no hubo un mayor compromiso institucional con la religión es el porcentaje de

quienes dicen asistir una o más veces por semana a la iglesia o a algún tipo de servicio religioso. Este porcentaje tuvo una pérdida de 12 puntos entre 1981 y 2003, al pasar de 58 a 46 por ciento en esos años. El retorno de los mexicanos a la espiritualidad no estuvo acompañado por un retorno a las iglesias. Al parecer, el mexicano de los noventa y de principios de siglo volvió a Dios en lo individual, y no necesariamente a través de la comunidad religiosa.

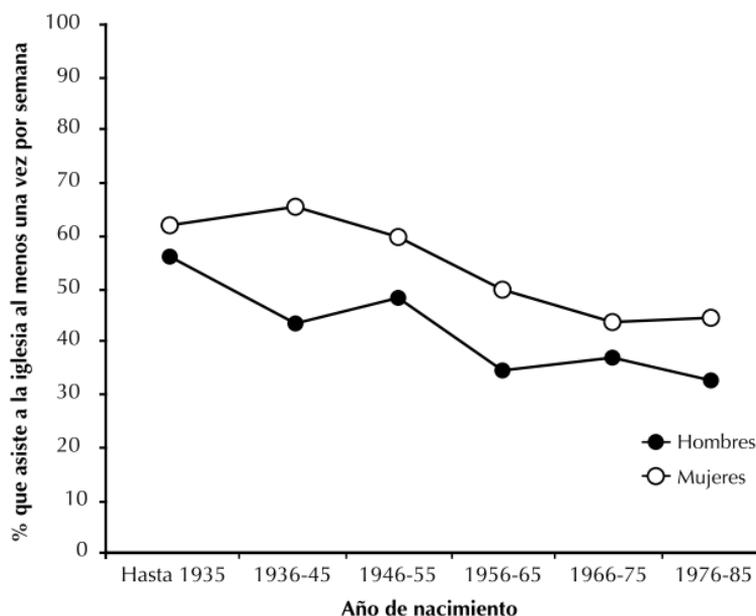
Otras encuestas recientes han mostrado una tendencia similar. De acuerdo con una encuesta realizada por el periódico *Reforma* en el Distrito Federal en marzo de 2004, el 40 por ciento de los capitalinos dijo asistir a la iglesia o a servicios religiosos al menos una vez por semana (el 7 por ciento dijo que asiste varias veces por semana), pero el 59 por ciento dijo que acostumbra orar o rezar todos los días, además de un 14 por ciento que dijo hacerlo una vez a la semana. En total, el 73 por ciento de los habitantes adultos del Distrito Federal dijo tener momentos de oración o rezo diaria o semanalmente, frente al 40 por ciento que dijo asistir a la iglesia al menos una vez por semana. Además, la encuesta muestra que el 51 por ciento de los entrevistados dedica más de diez minutos diarios a sus oraciones o rezos. A nivel nacional, la encuesta de Banamex 2003 revela que el 85 por ciento de los mexicanos tiene momentos de oración o rezo. La dimensión personal de la religión es más notable que la dimensión de compromiso institucional. Los mexicanos retomaron la tradición de la fe sin regresar a las parroquias, a los templos ni a las iglesias.

Otro indicador que refuerza la idea de una mayor espiritualidad es el porcentaje de mexicanos que dicen que frecuentemente piensan en el significado y propósito de la vida, el cual registró un aumento de 14 puntos (de 31 a 45 por ciento) entre la primera y la última encuesta de nuestro análisis. Se trata de un regreso a la fe, pero no a los templos, una espiritualidad individual con facetas distintas a la de hace veinte años. ¿Podríamos argumentar, con alguna diferencia de matiz, que el Mexicano de hoy es más espiritual que el de hace veinte años, pero no necesariamente más religioso? Si este fuera el caso, entendiendo por “religioso” un mayor compromiso con las instituciones clericales, la vuelta a la fe no necesariamente es un regreso en el camino que ya se había recorrido de secularización durante el proceso de modernización, al menos no al mismo punto. Se trata de una fe individualista y sin la misma deferencia por la autoridad religiosa que se observaba dos décadas atrás.

**Figura 3. Las brechas de género y edad en la espiritualidad mexicana: importancia de Dios por sexo y año de nacimiento**



**Figura 4. Las brechas de género y edad en la religiosidad mexicana: asistencia a servicios religiosos por sexo y año de nacimiento**



Tanto la espiritualidad individual como la religiosidad colectiva de los mexicanos tienen marcadas diferencias por género y por edad. Estas diferencias pueden apreciarse en las figuras 3 y 4. La brecha de género es evidente en el porcentaje que dice darle mucha importancia a Dios en su vida, así como en el que manifiesta asistir a servicios religiosos al menos una vez por semana: las mujeres le dan más importancia a Dios y asisten más a la iglesia que los hombres. Estas diferencias no son triviales, ya que la brecha entre hombres y mujeres es de 6 puntos en la importancia de Dios y de 12 puntos en la asistencia a la iglesia. En

los estudios previos de Banamex también hay evidencia de esta brecha de género en las creencias y prácticas religiosas (ver Blancarte, 2002).

La edad añade otro componente a estas diferencias: las generaciones más jóvenes le dan ligeramente menos importancia a Dios y asisten menos a la iglesia que sus predecesoras. La brecha de género, tomando también en cuenta a la edad, puede ser tan pequeña como de 6 puntos entre los mexicanos —hombres y mujeres— nacidos en 1935 o antes, o tan grande como de 24 puntos entre los nacidos durante 1936 y 1945. Sin embargo, entre las mujeres se observa un fenómeno de división, cuyo punto crítico se encuentra en el cohorte generacional de mediados de los años cincuenta. Las mujeres nacidas después de 1955 y hasta 1985 tienen patrones de asistencia a la iglesia muy similares entre sí, con un 48 por ciento de asistencia a la iglesia, y distintos a los de las nacidas antes de 1955, que también tienen un patrón muy similar entre sí y que es de 64 por ciento. Así, la diferencia neta de asistencia a la iglesia entre las mujeres nacidas en la primera mitad del siglo y hasta 1955, y aquellas que nacieron después de ese año, es de 16 puntos. Este fenómeno no es tan claramente homogéneo entre los hombres, quienes presentan mayores variaciones entre los distintos cohortes generacionales.

En suma, los mexicanos reforzaron su espiritualidad, entendida como la importancia que éstos le dan a Dios en sus vidas, pero disminuyó la importancia de la iglesia. En ambos fenómenos encontramos diferencias significativas por género y edad.

**Cuadro 1. Las creencias y prácticas religiosas en México, 1981-2003**

	Año				
	1981	1990	1996	2000	2003
	%	%	%	%	%
Cree en Dios	98	93	93	97	98
Encuentra consuelo y esperanza en la religión	90	77	75	86	87
Asiste a la iglesia o a servicios religiosos al menos una vez por semana	58	49	46	55	46
Frecuentemente piensa en el significado y propósito de la vida	31	40	38	45	45

### **El fortalecimiento del nacionalismo**

EL PORCENTAJE DE MEXICANOS que dicen sentirse orgullosos de su nacionalidad ha aumentado en los últimos años. Este fortalecimiento del nacionalismo puede entenderse como una respuesta a la apertura ante el mundo, a través de la globalización y del comercio mundial en general, y de la creación de un área comercial entre México, Estados Unidos y Canadá, en particular. Más que abandonar su nacionalismo al entrar en una sociedad comercial con las otras dos

naciones norteamericanas, los mexicanos se volvieron más nacionalistas, entendido esto como el porcentaje de ellos que dice sentir mucho orgullo de ser mexicano.

¿Realmente es la era del libre comercio y la globalización la que ha impulsado al nacionalismo mexicano en años recientes? Roger Bartra y Carlos Monsiváis ofrecen algunas visiones encontradas en la colección de ensayos, que el primero publica en *Anatomía del mexicano* (2002). De acuerdo con Bartra, “frente a la crisis del nacionalismo el gobierno priista optó por impulsar el Tratado de Libre Comercio y la globalización...” (2002: 16), como si el efecto deseado hubiese sido esperado de antemano por la élites políticas mexicanas. En contraste, Monsiváis afirma que “uno a uno, del presidente de la república al gobernador más renuente a la teoría, todos lo aseguran: el TLC no afectará nuestra identidad, no puede afectar, lo indestructible” (1990/2002: 295). Los datos de las encuestas de valores parecen dar su propio veredicto: el nacionalismo mexicano se revitalizó durante los primeros años del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá. ¿Hay realmente una causalidad que pueda establecerse de manera confiable? Veamos algunos indicios.

Así como los mexicanos fortalecieron su nacionalismo a la luz de la integración económica con América del Norte, también hay evidencia de que los canadienses revitalizaron su propio nacionalismo (por no decir nacionalismos) por un fenómeno similar. El politólogo canadiense Neil Nevitte observó, a mediados de los noventa, que el tema del libre comercio con Estados Unidos había dividido agudamente a

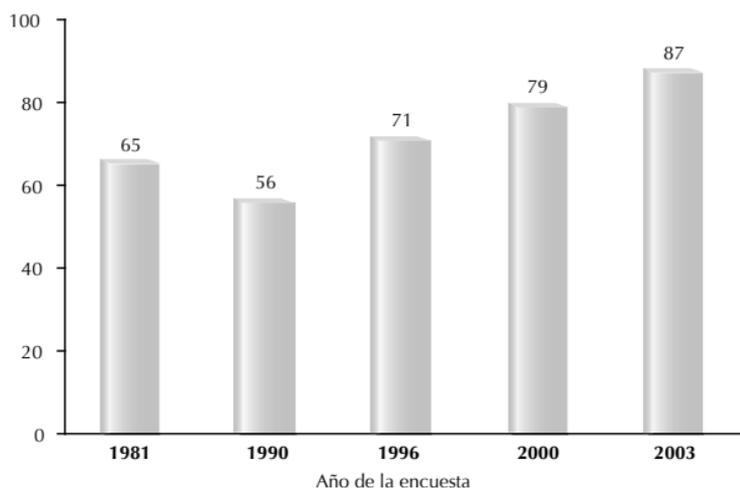
sus compatriotas. “Los nacionalistas —comenta Nevitte— les recordaron a los canadienses desde un principio, que ellos y los americanos tenían posturas distintas y que la comunidad política de Canadá estaba deliberadamente diseñada para resistir los impulsos revolucionarios y las orientaciones culturales de los Estados Unidos. Afirmaban que en el presente como en el pasado, la integridad de Canadá y de la forma de vida canadiense dependía de su habilidad de mantener a los Estados Unidos a la distancia del brazo” (1996: 2-3).

Varios años después, el periodista Anthony DePalma describió un síndrome de nacionalismo similar y que se fortalecía entre los canadienses como respuesta precisamente a la creciente interrelación con los americanos. “La postura común de los canadienses en torno a la cultura —señala DePalma— nunca había sido mostrada más claramente que durante una conferencia internacional que los oficiales canadienses organizaron en un húmedo día de verano en Ottawa a finales de junio de 1998. Canadá había reunido a los ministros de cultura de diecinueve naciones distintas de todo el mundo para diseñar una estrategia que mantuviera a sus industrias televisiva, cinematográfica y de revistas a salvo de la depredación cultural americana” (2001: 259).

Como lo muestran las encuestas de valores de las dos últimas décadas, los mexicanos fortalecieron su sentimiento nacionalista en la década del libre comercio. La figura 5 muestra que el orgullo nacional tuvo bajas importantes en el periodo que va de 1981, cuando era alrededor del 65 por ciento, a 1990, año en que se registró el nivel más

bajo en la serie, de 56 por ciento. A partir de entonces, se ha registrado un aumento inexorable en la proporción de quienes manifiestan un fuerte sentido de orgullo nacional, 71 por ciento en 1996, 79 por ciento en 2000 y 87 por ciento en 2003. La década de los noventa revitalizó el nacionalismo mexicano.

**Figura 5. El fortalecimiento del nacionalismo mexicano. Porcentaje de entrevistados que dicen sentir “mucho” orgullo de ser mexicanos, 1981-2003**



¿Qué explica esta tendencia? Hasta aquí se ha argumentado que probablemente la apertura comercial y la globalización sean el catalizador del fenómeno de revitalización del nacionalismo mexicano, un reencuentro con la identidad nacional frente a la apertura y la competencia, frente a la creciente interacción con el exterior. Pero veamos también

otras posibilidades. Una es el desempeño económico del país y otra el desarrollo institucional.

Pensar en que el creciente nacionalismo está ligado a un mayor desarrollo económico implica dos vertientes, una discursiva y otra objetiva. Durante el periodo que estamos observando, particularmente en los noventa, el discurso político dio un giro importante que nos hace dudar de la factibilidad de que esté asociado con el creciente nacionalismo. El discurso de principios de los noventa era el de un México que entraba al “club” de las naciones desarrolladas, que se sumaba a la modernidad y que, por ello, los mexicanos tenían un gran motivo para sentirse orgullosos. Sin embargo, este tipo de discurso se abandonó precisamente después de la crisis de 1995. La crisis de mediados de los noventa dañó severamente las condiciones económicas del país y el bolsillo del mexicano promedio, haciendo poco factible una asociación entre el creciente nacionalismo y el desempeño económico.

Otra posibilidad es explicar el creciente nacionalismo con base en el desarrollo de las instituciones. ¿Es posible que México se haya desarrollado institucionalmente en los noventa de manera que esto haya tenido un impacto en el orgullo nacional? Una primera respuesta es sí. No sólo cambió la fisonomía de las elecciones y surgió la alternancia política como un aspecto común del sistema de partidos y de gobierno, también las reformas electorales que, aunque poco visibles a la mayoría de los ciudadanos, dieron lugar a nuevas instituciones, como el Instituto Federal Electoral, una de las instituciones más respetadas

en México, así como a nuevas dinámicas de la política y de las elecciones.

En su libro *Modernization and Postmodernization*, Ronald Inglehart (1997) argumenta que el orgullo nacional está fuertemente correlacionado con la confianza en las instituciones nacionales. Este autor sugiere que en la década de los ochenta, cuando se registró un declive, no un aumento, del nacionalismo mexicano, se observa una tendencia más o menos global en esa dirección: “A la luz de la evidencia de un amplio declive de la confianza en las instituciones, uno podría razonablemente esperar que el orgullo en la propia nacionalidad también disminuya. [...] Por lo tanto nuestra predicción es que los sentimientos de orgullo nacional declinen” (1997: 302-3). Como hemos visto, este declive fue evidente en México en los ochenta, periodo que Inglehart tenía en mente al escribir estas líneas, pero no así en los noventa y a principios del nuevo siglo, en donde se registró un fortalecimiento del nacionalismo. ¿Acaso hay una relación entre el desarrollo institucional de los noventa y el fortalecimiento del nacionalismo mexicano? Si pensamos en el IFE y en la confianza en las instituciones democráticas podríamos pensar que sí. Si pensamos en la creciente efectividad de las elecciones, también. Sin embargo, no es tan fácil probar el vínculo entre las instituciones y el nacionalismo, ya que el seguimiento de preguntas sobre confianza institucional en la Encuesta Mundial de Valores no incluye las instituciones electorales.

Las instituciones políticas que sí se incluyen en la encuesta sistemáticamente desde 1990 incluso denotan, algunas

de ellas, una disminución ligera de la confianza, más que un aumento. Otras, por el contrario, sí registran cierto aumento. Por ejemplo, el cambio neto en la confianza en el gobierno federal fue de 8 puntos entre 1990 y 2003, al pasar de 30 por ciento que dijo tener mucha o algo de confianza a 38 por ciento en ese periodo. En contraste, la confianza en los partidos políticos tuvo una pérdida de 10 puntos porcentuales en esos trece años, al pasar de 33 a 23 por ciento, mientras que la confianza en el Congreso perdió 13 puntos, al pasar de 35 a 22 por ciento en ese mismo periodo. En suma, si el aumento del nacionalismo se asocia con el aumento en la confianza en el gobierno, esta asociación se antoja débil, ya que, mientras el nacionalismo aumentó 31 puntos en 13 años (de 1990 a 2003), la confianza en el gobierno solamente aumentó 8 puntos en ese mismo periodo. Como referente de cambio, la confianza en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte pasó de 27 por ciento en 1990, antes de que éste fuese una realidad, a 38 por ciento en 2003, tan sólo unos meses antes de que se cumplieran 10 años de su entrada en vigor: un aumento neto significativo de 11 puntos, pero también modesto si se le compara con el cambio en los niveles de orgullo nacional.

Al parecer, esta tendencia refleja también una redefinición del sentido nacionalista. No sólo se trata de una respuesta a la diversidad cultural que conlleva la apertura o al refugio que se busca en el nacionalismo ante la entrada de más bienes y servicios de consumo privado, sino a la revaloración del sistema de gobierno y de sus instituciones. En su informe sobre la Encuesta Nacional de Valores de la Cultura

Política 1999, Yolanda Meyenberg y Julia Flores (2000: 111) argumentan que “el voto tiene connotaciones que trascienden al mero ámbito de la competencia y expresa un intenso vínculo con el cambio político; por lo demás, en la actualidad el sufragio ha comenzado a cobrar un sentido de utilidad, que se expresa en dos consideraciones: el hecho de que existen las condiciones para que triunfe la opción preferida y la posibilidad de evaluar y sancionar en las urnas las acciones de los gobiernos”. No obstante, el mexicano, con todo y el proceso democratizador por el que ha pasado, sigue percibiendo ampliamente una falta de legalidad y de estado de derecho, así como un falta de representación política.

Hasta ahora ha sido difícil probar que el aumento del nacionalismo esté asociado con una mayor confianza en las instituciones, aún y cuando esa podría ser una relación esperada por la teoría. Un estudio reciente sobre los determinantes de la confianza política en el mundo indica que la expansión de la democracia a finales del siglo XX estuvo acompañada, paradójicamente, por una caída de la confianza en las instituciones políticas (Catterberg y Moreno, 2003). El argumento es que se ha dado una desilusión posterior a la “luna de miel” democrática que se vivió en las nuevas democracias inmediatamente después de su transición. Catterberg y Moreno encuentran que el determinante más importante de la confianza política a nivel internacional es el desempeño del gobierno, pero también sugieren que los públicos de las democracias nuevas, así como de las democracias estables, son crecientemente críticos al arreglo institucional, sin ser, por ello,

antidemocráticos. La autoridad implica cierta deferencia o rechazo, y precisamente este es el tercer componente del creciente tradicionalismo de los mexicanos de los últimos años: no sólo una creciente deferencia por la autoridad, también una reconceptualización de ésta.

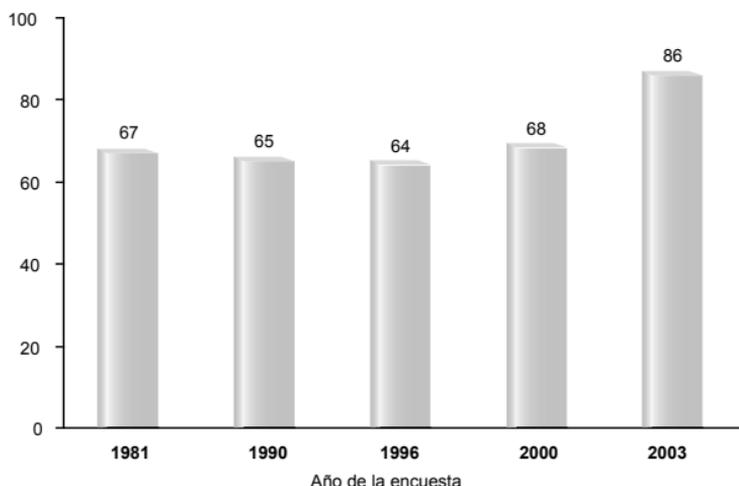
### **Deferencia hacia la autoridad: del autoritarismo a la democracia**

UN TERCER ELEMENTO que forma parte del giro de los valores mexicanos es el creciente respeto por la autoridad. Éste es un importante componente del polo tradicional en el eje vertical de la modernización, que se muestra en la figura 1. Sin embargo, es posible que el creciente porcentaje de mexicanos que consideran que debe haber un mayor respeto por la autoridad tengan en mente un tipo de autoridad distinta en 2003 al que había prevalecido antes. Acaso se trata de una reconceptualización de la autoridad y, por lo mismo, de su revaloración. A partir de los resultados de las elecciones presidenciales de 2000, la percepción que se tenía de México como una democracia cambió radicalmente, de una minoría que pensaba antes de las elecciones que el país sí era, efectivamente, una democracia, a una mayoría que así lo consideraba inmediatamente después de las elecciones (Moreno, 2003).

De acuerdo con la serie de encuestas de valores, la deferencia de los mexicanos hacia la autoridad no registró cambios notables entre 1981 y 2000, periodo en el que alrededor de un 64 y un 68 por ciento de mexicanos consideraban

bueno que hubiera un mayor respeto por la autoridad, como se muestra en la figura 6. En 2003, sin embargo, ya pasadas las elecciones presidenciales y habiendo tenido lugar la alternancia política, el 86 por ciento de encuestados dijo que era bueno que hubiese un mayor respeto por la autoridad. La deferencia política había crecido en una proporción importante a partir de 2000. ¿Es esto un efecto de la alternancia en la cultura política mexicana? Probablemente sí. No obstante, otros indicadores de las encuestas de valores nos muestran que el crecimiento de la deferencia es un síndrome más o menos generalizado que no sólo se observa en relación a la autoridad política, sino también en los ámbitos más cercanos al individuo, como la familia y el trabajo. La trayectoria de los valores de los mexicanos envuelve una ruta hacia la deferencia, aunque en el caso de lo político esta ruta fue mucho más evidente después de la alternancia política.

**Figura 6. La evolución de la deferencia política. Porcentaje de entrevistados que dicen que es bueno que haya un mayor respeto por la autoridad, 1981-2003**



La deferencia de los mexicanos en otros ámbitos no políticos ha registrado alzas importantes en los últimos años, como se muestra en el cuadro 2. Estos datos indican que el respeto a los padres se encuentra en su punto más alto del periodo 1981-2003, a pesar de haberse reducido en los noventa. Hoy en día, el 92 por ciento de los mexicanos está de acuerdo en que siempre debe amarse a los padres, sin importar las virtudes o defectos que puedan tener. Otro posible indicador de una creciente deferencia es el sentido de que los padres se sientan orgullosos de uno, el cual también ha registrado alzas importantes desde mediados de los noventa, al pasar de 79 por ciento en 1996 a 97

por ciento en 2003. El énfasis en la obediencia, como una cualidad que debe alentarse en los niños, también ha registrado un crecimiento consistente en los últimos veinte años. En 1981, el 44 por ciento de los encuestados mencionó a la obediencia como un aspecto importante en la educación de los niños. Este porcentaje registró aumentos sistemáticos en las subsecuentes encuestas y, hacia 2003, esa proporción había llegado a 62 por ciento, 18 puntos por arriba del nivel inicial de la serie de encuestas. Finalmente, en el trabajo también se registra una actitud crecientemente deferente: el porcentaje de mexicanos que consideran que las instrucciones que da un superior en el trabajo siempre deben obedecerse, aunque no se esté completamente de acuerdo con ellas, creció de 32 por ciento en 1981 a un máximo de 49 por ciento en 2003.

Cuadro 2. La creciente deferencia de los mexicanos, 1981-2003

	Año				
	1981	1990	1996	2000	2003
	%	%	%	%	%
<b>Deferencia en la familia</b> "Siempre debemos amar y respetar a nuestros padres, sin importar las virtudes o defectos que puedan tener" (Porcentaje que está de acuerdo con esta postura)	88	78	76	89	92
<b>Aprobación de los padres</b> "Una de mis metas en la vida es que mis padres se sientan orgullosos de mí" (Porcentaje muy de acuerdo o de acuerdo)	np	np	79	90	97
<b>La obediencia como cualidad</b> Porcentaje que menciona a la obediencia como una cualidad importante que debe alentarse en los niños	44	45	50	59	62
<b>La deferencia en el trabajo</b> "Las instrucciones que da un superior en el trabajo siempre deben obedecerse aunque no se esté completamente de acuerdo con ellas" (Porcentaje que toma esta postura)	32	39	37	41	49

Estos datos revelan una clara y creciente deferencia de los mexicanos hacia la autoridad al inicio de siglo XXI. ¿A qué se debe? Y, de manera más importante, ¿cómo se explica esta tendencia con la otra trayectoria, la que se observa en el eje de la sobrevivencia a la autoexpresión? Examinemos esta otra dimensión valorativa para entonces volver a la interpretación de la trayectoria de los valores mexicanos en su conjunto.

### **El camino hacia la autoexpresión y el sentido de libertad**

AL TIEMPO QUE LOS MEXICANOS retomaron ciertos valores tradicionales desde 1990, como la fe y un nacionalismo que respondía ya no al discurso revolucionario, sino al fenómeno globalizador, los mexicanos también se han movido de los valores de la sobrevivencia hacia los de autoexpresión. Esta tendencia no tiene señales de cambios tan drásticos en las dos décadas que aquí se analizan; más bien se ha tratado de un viaje consistente y sin sobresaltos hacia un mayor sentido de libertad y de expresión individual. Desde la primera encuesta, realizada en 1981, se evidenció que la libertad ha sido fuertemente valorada por los mexicanos, como reporta Iván Zavala en su análisis de esos datos: “La mayoría de los entrevistados prefiere la libertad a la igualdad: casi tres quintos (58.8%) dijeron que consideran que la libertad es más importante que la igualdad, de manera que cada quien viva y pueda desarrollarse en libertad. Y un poco más de dos quintos (41.2%) prefirieron la igualdad a la libertad, para que nadie

sea favorecido y que las diferencias de clase social no sean tan fuertes" (1987: 101).

Es notable que en una sociedad profundamente desigual predomine el valor de la libertad sobre el de la igualdad. Lamentablemente, esta misma pregunta no se ha reproducido en las subsecuentes encuestas de valores, pero la trayectoria en el eje de la sobrevivencia hacia la autoexpresión parece indicar que la valoración de la libertad es hoy mayor que hace veinte años. Otras encuestas, como la que realizó la Secretaría de Gobernación en 2001 conocida como ENCUP (Encuesta Nacional sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas), revelan que en México la libertad es un valor más importante que la igualdad, incluso que la justicia, entre otros valores (Segob, 2001). Una encuesta nacional más reciente realizada por el diario *Reforma*, en mayo de 2004, confirma que la libertad personal es valorada por encima de la igualdad y de la justicia. Según esa encuesta, el 35 por ciento escogió a la libertad como el valor personal más importante, el 32 por ciento a la justicia y el 27 por ciento optó por la igualdad.

La trayectoria de la sobrevivencia a la autoexpresión no había sido observada con tanto fervor como la trayectoria hacia la modernidad, hasta que los académicos recientes del cambio cultural detectaron las señales de la postmodernización en la sociedad industrial avanzada. Para México, estos valores adquieren una cara de autoexpresión, representada por un mayor énfasis en valores postmateriales, por una mayor autonomía individual y por una mayor aceptación a diversas normas y expresiones sociales y sexuales. Esto se

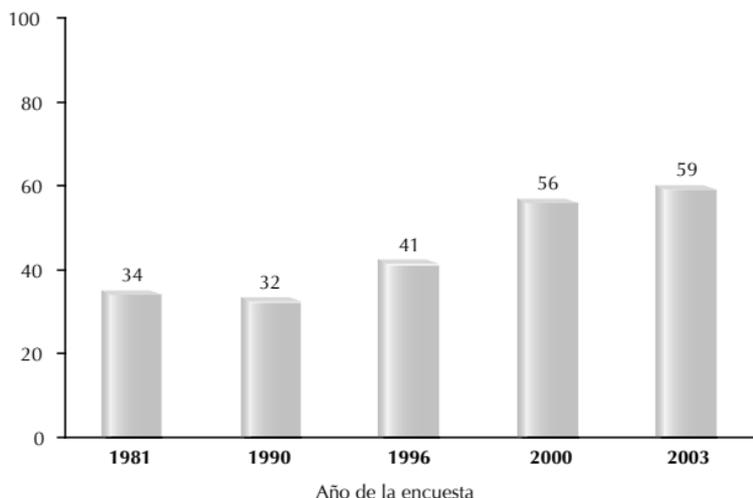
traduce también en posturas cada vez más favorables hacia la libertad individual de decisión.

El giro que se observa en la figura 1 sobre el eje vertical (de la modernidad) contrasta con el paso consistente y sistemático de los valores de la sobrevivencia a los de la autoexpresión. Cada encuesta nueva registra un promedio más cercano al polo de la autoexpresión y un abandono gradual de los valores de sobrevivencia e inseguridad. (Los promedios para cada año en el eje horizontal son los siguientes: 1981=-0.89; 1990=-0.01; 1996=0.07; 2000=0.11; 2003=0.39. El movimiento neto en la escala ha sido de 1.28 puntos en el eje horizontal de 1981 a 2003, un movimiento estadísticamente significativo. En comparación, el movimiento de 1990 a 2003 en el eje vertical fue de 1.03 puntos, también significativo, pero menor al registrado en la trayectoria hacia la autoexpresión).

La trayectoria hacia la autoexpresión se refiere al “surgimiento de nuevos valores y estilos de vida, con una mayor tolerancia por la diversidad étnica, cultural, y sexual, así como por la elección o decisión individual acerca del tipo de vida que uno quiere llevar” (Inglehart, 1997: 23). La libertad individual, la autonomía y la tolerancia por la diversidad sexual son componentes centrales de esta dimensión en México, al igual que los valores postmaterialistas, destacando principalmente el aumento en el sentido de libertad individual y la disminución en el rechazo al homosexualismo. Veamos estas tendencias.

La figura 7 muestra el porcentaje de mexicanos, en cada una de las encuestas realizadas entre 1981 y 2003, que consideran tener mucha libertad de elegir y de control sobre la forma en que les resulta la vida. El sentido de libertad claramente ha aumentado, de una proporción de alrededor de 34 por ciento en 1981 hasta el 59 por ciento en 2003. En los ochenta y principios de los noventa, el sentido de libertad para elegir era minoritario; a finales del siglo pasado e inicios del presente, la mayoría de las personas en nuestro país se siente con mucha más libertad individual para elegir y decidir el rumbo y los resultados de su propia vida. Esto claramente es un reflejo de la trayectoria hacia la autoexpresión: el individuo tiende a valorar más y más su propio derecho a decidir qué es lo que realmente quiere ser o hacer, o la forma cómo desea vivir; al mismo tiempo, esta actitud contrasta con los obstáculos legales o de poder que limitan este derecho. Con certeza, el mexicano de hoy valora más su derecho de elección que el de hace veinte o incluso diez años. Qué tanto la transformación política y económica del país han afectado esta tendencia cultural o viceversa es una pregunta que queda abierta. Lo cierto es que, definitivamente, el mayor sentimiento de libertad individual ha sido paralelo a los procesos de apertura política, económica y social del país.

**Figura 7. Aumento en el sentido de libertad de decisión y control sobre la vida personal, 1981-2003.**  
**(Porcentaje que dice sentir mucha libertad de elegir y control sobre la forma en que le resulta la vida, puntos 9 y 10 en una escala de 10)**



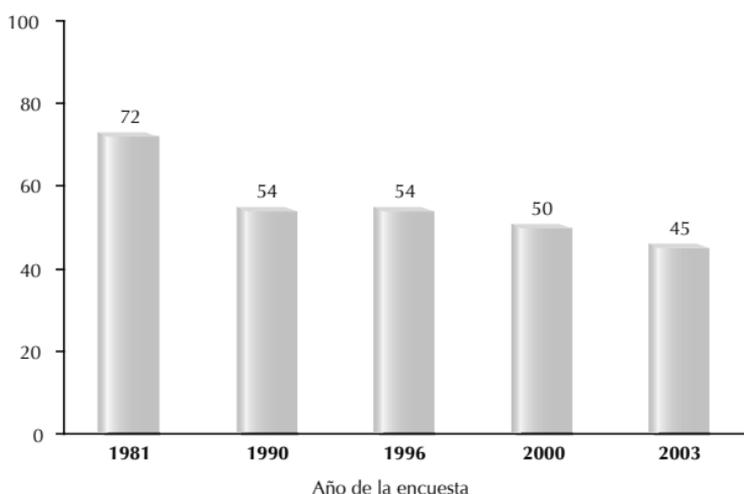
¿Cómo se compara México con otras naciones en este rubro? De acuerdo con la Encuesta Mundial de Valores 2000 y el Estudio Europeo sobre Valores 1999, México ocupaba en 2000 el segundo lugar de un total de 80 naciones en cuanto a porcentaje de personas que sienten tener mucha libertad de elegir y control sobre sus propias vidas —12 puntos porcentuales por arriba de los Estados Unidos— si se consideran solamente los puntos 9 y 10 de una escala de 10. Si se amplía la respuesta a los puntos 7 a 10 de la escala, como lo hacen Inglehart y sus colegas en un libro reciente, México ocuparía el quinto lugar, tan sólo tres puntos porcentuales por debajo de Estados Unidos

(Inglehart, *et al.*, 2004). Veamos ahora la tendencia en el rechazo a la homosexualidad.

El mexicano se ha caracterizado aun en años recientes por un fuerte sentido de intolerancia (Moreno, 2003; Moreno y Méndez, 2003). Sin embargo, como uno de los elementos que acompañan a la trayectoria mexicana hacia la autoexpresión, los últimos veinte años han registrado una clara disminución en el rechazo a la homosexualidad. La figura 8 da muestra de ello. En 1981, el 72 por ciento de los mexicanos decía que la homosexualidad no se justifica nunca. Esa proporción ha venido disminuyendo gradualmente en cada encuesta hasta llegar al 45 por ciento en 2003. ¿Es esto un resquebrajamiento de los valores morales de los mexicanos o un mayor sentido de diversidad y aceptación de nuevas normas sexuales como resultado de la tendencia hacia la autoexpresión? Dado que el mexicano ha recuperado su sentido religioso en los últimos años, es factible que no se trate de un decremento de "moralidad", tal como lo valorarían las posturas conservadoras. La vuelta del mexicano al tradicionalismo y a la espiritualidad va acompañada, como se ha tratado de explicar, por una trayectoria hacia un mayor sentido de elección sobre las formas de vida que uno desea. La disminución en el rechazo al homosexualismo es, precisamente, un aspecto de individualidad, acaso de reconocimiento a la diversidad, no al grado que se observa en otras naciones, pero significativo si se compara con el México de los últimos años. La trayectoria hacia la autoexpresión no se limita a las actitudes hacia las expresiones "gay"; esto simplemente

es un indicador de un síndrome cultural más amplio por el cual están pasando los mexicanos.

**Figura 8. Disminución en el rechazo a la homosexualidad, 1981-2003.**  
**(Porcentaje que dice que la homosexualidad nunca se justifica, punto 1 en una escala de 10)**



La trayectoria que México siguió en las dos últimas décadas combinó, pues, un giro que revirtió nuestra dirección en el eje tradicional-moderno de valores, pero un paso consistente en el eje de la sobrevivencia y la inseguridad, por un lado, a la autoexpresión y la libertad, por el otro. Los mexicanos han recuperado sus tradiciones y no por ello le han dado la espalda a la racionalidad; el retorno a la fe, el aumento en la religiosidad, el fortalecimiento del nacionalismo responden a causas entendibles: la apertura

y la competitividad en diversas áreas de la vida, incluso la religiosa, a la creciente oferta de ideas y de bienes de consumo, a la mayor pluralidad política y, por supuesto, a la globalización. El mexicano promedio se ha reencontrado consigo mismo como mexicano y ha fortalecido su orgullo nacional, precisamente como una respuesta natural ante la creciente globalización. La autoridad se ha revalorado, pero no esa que se dejó en el paso de la sociedad tradicional a la moderna, no esa que descansa en los mecanismos de control y coerción, sino en la que ofrece y apela a la libertad de decisión y a los derechos individuales.

El cambio de los valores de los mexicanos en el eje de sobrevivencia-autoexpresión es una buena noticia para la democracia, ya que se han dado pasos importantes hacia una mayor valoración de la libertad para elegir y de la autonomía individual.

## Bibliografía

Alduncin Abitia, Enrique. 1986. *Los valores de los mexicanos. México: entre la tradición y la modernidad*. México, D. F.: Fomento Cultural Banamex, A. C.

\_\_\_\_\_. 1991. *Los valores de los mexicanos, tomo II. México en tiempos de cambio*. México, D. F.: Fomento Cultural Banamex, A. C.

\_\_\_\_\_. 1993. *Los valores de los mexicanos, tomo III. En busca de una esencia*. México, D. F.: Grupo Financiero Banamex-Accival.

\_\_\_\_\_. 2002. *Los valores de los mexicanos, tomo IV. Cambio y permanencia*. México, D. F.: Grupo Financiero Banamex.

Bartra, Roger, comp. 2002. *Anatomía del mexicano*. México, D. F.: Plaza y Janés Editores.

Blancarte, Roberto J. 2002. "Tercera encuesta nacional de valores: el factor religioso". Compilado por Enrique Alduncin Abitia. *Los valores de los mexicanos, tomo IV: Cambio y permanencia*. México, D. F.: Grupo Financiero Banamex.

Catterberg, Gabriela y Alejandro Moreno. 2003. "The Individual Bases of Political Trust: Trends in New and Established Democracies". Investigación presentada en la reunión anual de la Asociación Americana de Investigadores de Opinión Pública (AAPOR). Nashville, Tennessee.

DePalma, Anthony. 2001. *Here: A Biography of the New American Continent*. Nueva York: BBS Public Affairs.

Guillermoprieto, Alma. 1994. *The Heart that Bleeds: Latin America Now*. Nueva York: Alfred Knopf.

Inglehart, Ronald F. 1990. *Culture Shift in Advanced Industrial Society*. Princeton: Princeton University Press.

\_\_\_\_\_. 1997. *Modernization and Postmodernization: Cultural, Economic and Political Change in 43 Societies*. Princeton: Princeton University Press.

Mandelbaum, Michael. 2002. *The Ideas that Conquered the World: Peace, Democracy, and Free Markets in the Twenty-first Century*. Nueva York: BBS Public Affairs.

Meyenberg, Yolanda y Julia Flores. 2000. *Ciudadanos y Cultura de la Democracia: Reglas, Instituciones y Valores de la Democracia*. México, D. F.: Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México y el Instituto Federal Electoral.

Monsiváis, Carlos. 1990. "La identidad nacional ante el espejo". Compilado por Roger Bartra. *Anatomía del Mexicano*. México, D. F.: Plaza y Janés Editores, 2002.

Moreno, Alejandro. 2003. *El votante mexicano: democracia, actitudes políticas y conducta electoral*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.

\_\_\_\_\_. y Patricia Méndez. 2003. "Attitudes toward Democracy: Mexico in Comparative Perspective". Compilado por Ronald Inglehart. *Islam, Gender, Culture, and Democracy. Findings from the World Values Survey and the European Values Survey*. Willowdale, Ontario: de Sitter Publications.

Nevitte, Neil. 1996. *The Decline of Deference: Canadian Value Change in Cross-National Perspective*. Peterborough, Ontario: Broadview Press.

Secretaría de Gobernación. 2002. *Deconstruyendo la ciudadanía: avances y retos en el desarrollo de la cultura democrática en México*. México, D. F.: Dirección General de Desarrollo Político, SEGOB, y Miguel Ángel Porrúa.

Woldenberg, José. 2002. *La construcción de la democracia*. México, D. F.: Plaza y Janés.

Zavala, Iván. 1987. "Valores políticos". Compilado por Alberto Hernández y Luis Narro. *Cómo somos los mexicanos*. México, D. F.: Centro de Estudios Educativos (CEE) y Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud (CREA).

## Hemerografía

Aguilar Zínser, Adolfo. 2004. "Huntington y el patio trasero". *Reforma*. 5 de marzo.

Brooks, David. 2004. "The Americano Dream". *The New York Times*. 24 de febrero.

Cornelius, Wayne A. 2004. "Una respuesta a Huntington". *Reforma*. 21 de marzo.

Dresser, Denise. 2004. "El americano amenazado". *Reforma*. 1º de marzo.

Fuentes, Carlos. 2004. "El racista enmascarado". *Reforma*. 11 de marzo.

Fuentes-Beraín, Rossana. 2004. "Where Roma Soap Meets Dove." *The New York Times*. 13 de enero.

Krauze, Enrique. 2004. "Huntington: el falso profeta". *Letras Libres*. Abril.

\_\_\_\_\_. 2004. "Posdata a Huntington". *Reforma*. 2 de mayo.

Oppenheimer, Andrés. 2004. "Huntington vs. México". *Reforma*. 27 de febrero.

Silva-Herzog Márquez, Jesús. 2004. "La amenaza mexicana". *Reforma*. 1º de marzo.

Schwartz, Stephen. 2004. "Ser hispanófilo". *Letras Libres*.  
Abril.

Jáuregui, Manuel. 2004. "Antimexicanismo". *Reforma*. 21  
de abril.



---

## Dr. Alejandro Moreno

---

Es DOCTOR en Ciencia Política por la Universidad de Michigan, Estados Unidos. Es profesor e investigador en el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), y Coordinador en Jefe del Departamento de Investigación por Encuestas del periódico Reforma. Es autor de varios libros y artículos académicos, así como miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Sus campos de interés son: política comparada, opinión pública, comportamiento electoral, efectos de campañas y cultura política.

Entre sus publicaciones más recientes se encuentran *El votante mexicano: democracia, actitudes políticas y conducta electoral*, del Fondo de Cultura Económica, colección de Política y Derecho, 2003 y *Nuestros valores: los mexicanos en México y en Estados Unidos al inicio del siglo XXI*, editado por Banamex, 2005; este último de la Serie "Los valores de los mexicanos", tomo VI.



---

**Leales y volátiles.** proceso de consolidación del nuevo sistema de partidos mexicano a través de las elecciones de diputados federales en México, 1994-2003<sup>1</sup>

---

Silvia Gómez Tagle

EN MÉXICO, EN LOS ÚLTIMOS diez años se puede hablar de la consolidación de un sistema electoral que cabe en los criterios para identificar a las democracias políticas, con instituciones y reglas que merecen el “reconocimiento de todos los actores políticos” (o cuando menos de los más importantes). Y también se ha desarrollado un sistema de partidos con creciente competitividad y con oportunidades para la alternancia en los distintos espacios de gobierno y de representación legislativa.

Los cambios en el comportamiento electoral de la población, que se han reflejado en el incremento del pluralismo político, se han producido al mismo tiempo que se ha intensificado la migración a las ciudades, donde ahora se concentra la mayor parte de la población de muy

---

<sup>1</sup> En este trabajo colaboró Alejandro Juárez en la elaboración de los datos.

diverso origen y condición socioeconómica. En este trabajo se hará un estudio de los resultados electorales federales en las sesenta ciudades más importantes del país, así como de las características de la población, con el fin de identificar el perfil socioeconómico de los ciudadanos, quienes expresan con su voto sus preferencias partidarias.

Con este análisis se intenta contestar a la pregunta ¿quiénes y dónde votan a favor de qué partidos? También debe permitírnos ofrecer un pronóstico de las elecciones de 2006; ¿quién tiene expectativas de ganar las elecciones?

## **Introducción**

TRANSCURRIDOS CINCO AÑOS del primer gobierno de la alternancia, en México hoy surgen preguntas básicas sobre el sentido de la democracia. Muchos mexicanos se preguntan para qué les ha servido “sacar al PRI de los Pinos”. Recordemos que como resultado de una democracia muy limitada, el Partido Revolucionario Institucional desde 1946 hasta el año 2000 y los dos partidos que lo antecedieron, del mismo grupo político, la tuvieron desde 1929; y en la Cámara de Diputados el PRI tuvo la mayoría (con más del 50% de los escaños) hasta las elecciones intermedias de 1997.

En este contexto es explicable que se le haya dado tanta importancia a la alternancia, tanto así que gran parte de los esfuerzos de las organizaciones civiles y políticas democráticas se concentraron en lograr las reformas electorales, que permitieran la celebración de elecciones

razonablemente libres y confiables. Pero la transición de un régimen “formalmente democrático”, que en México fue de partido único, a un régimen plural con elecciones competidas, se logró a lo largo de más de veinte años de reformas electorales graduales, sin un pacto fundacional entre las fuerzas del viejo régimen y las fuerzas emergentes, que sentara las bases para una nueva estructura electoral del poder.

Los viejos conflictos socioeconómicos hoy se entremezclan con otras tensiones relacionadas con la disputa entre lo público y lo privado, en particular respecto al tamaño y el papel del estado en la economía. Las demandas para mejorar las funciones sociales del estado o el interés por disminuirlas son cuestiones que hoy dividen a la “izquierda” de la “derecha” en los alineamientos partidarios que involucran tanto a los actores políticos como a la población en general y que contribuyen a configurar el sistema de partidos, pero que no forman ya parte de identidades fuertemente ancladas en la estructura social de “clases”, como se le concebía el siglo pasado (cuando menos hasta los años setenta).<sup>2</sup>

Se pone en evidencia la falsedad de una imagen de “unidad nacional” que por muchos años sostuvieron los gobiernos autoritarios en los que la Presidencia de la República era el eje articulador tanto del partido en el poder, de los gobiernos de las entidades, como de las políticas públicas.

---

<sup>2</sup> Ver la discusión de los conceptos de alineamiento y desalineamiento político en Juan Reyes del Campillo (2002: 15ss).

Éstas fueron uno de los mecanismos al servicio de la Presidencia de la República para estimular, por un lado, el crecimiento económico y la empresa privada; por el otro, para retribuir la lealtad de los líderes de organizaciones sociales, cuya “capacidad de gestión” permite ejercer control sobre sus bases sociales.

La transición mexicana nos plantea problemas en dos niveles: a) las instituciones y las estructuras de poder del viejo régimen que resultan inadecuadas para el desarrollo democrático, las cuales pueden ir desde las relaciones de la presidencia con los gobiernos de los estados y los municipios, las relaciones con el poder legislativo, los mecanismos para discutir, estudiar y aprobar el presupuesto, los inexistentes mecanismos administrativos para la “transparencia” en la administración pública, para la participación ciudadana, la legislación de medios de comunicación, etc. (de lo que no me ocuparé en este trabajo); b) el otro tema es el realineamiento partidario y la definición de un nuevo sistema de partidos, alrededor del cual se desarrollan las reflexiones que presento a continuación. En especial, tratándose de un proceso de “transición” o de cambio, como quiera llamársele, en México se ha pasado de un sistema de partido hegemónico a un sistema plural de partidos; en este proceso hay dos tendencias que son independientes una de la otra; por un lado, el PRI pierde a los grupos que lo habían apoyado por muchos años, esto es lo que algunos autores han llamado “desalineamiento electoral”, dado que no es necesario que estos electores ahora se pasen como bloque a otro partido, sino que pueden desarrollar nuevas lealtades

con diferentes motivaciones (clientelares, ideológicas, emocionales) o reaccionar en forma diferente en cada coyuntura en atención a una reflexión puramente racional, como algunos autores clasifican el voto útil a favor de Fox del año 2000. También puede ocurrir que los electores que han abandonado al PRI, simplemente, se han vuelto abstencionistas “no alineados”, lo que equivale a decir ciudadanos sin identificación partidaria, que no encuentran atractiva ninguna candidatura ni tienen interés en votar.

En este trabajo me ocuparé del segundo tipo de problemas, tomando como universo de estudio las elecciones de 1997 a 2003 (dos elecciones intermedias y una presidencial). Considero que el comportamiento electoral redefine el sistema de partidos en la medida que asigna determinada cantidad de votos a cada partido. De tal suerte que unos partidos crecen y otros pueden quedar condenados a ocupar lugares secundarios o a desaparecer. De hecho, en los últimos 25 años han surgido muchos partidos y la mayoría han desaparecido o se mantienen en posiciones mínimas. En cambio, hay tres partidos que han mostrado una mayor solidez: el PAN, el PRI y el PRD. Sin embargo, hay partidos menores que han demostrado una enorme importancia por ser aliados potenciales de gran efectividad, como lo ha demostrado el Partido Verde Ecologista de México.

### **Leales o volátiles, el comportamiento electoral y el sistema de partidos**

LA CONSOLIDACIÓN DE LAS democracias europeas y norteamericanas en la segunda mitad del siglo pasado produjo la

preocupación por explicar los elementos que influyen en las preferencias de los ciudadanos por un partido o por otro. Los estudios de comportamiento electoral y de sistemas de partidos tuvieron por muchos años como referencia muy importante, casi la principal, las series estadísticas resultado de las elecciones y fue a partir de la observación de las continuidades y de los cambios en estos procesos, que se desarrollaron conceptos como alineamiento, competitividad, fragmentación del sistema de partidos, etc. y, también, se empezaron a buscar explicaciones a estas preferencias.

El sistema de partidos es causa y resultado del sistema electoral, porque éste define la “cancha del juego”, donde se van a celebrar las elecciones, establece las reglas de la participación, la competencia y la colaboración entre partidos (Oñate, 1999).

Una vez que se ha llegado al momento fundacional, el sistema electoral tiene una influencia fuerte en el desarrollo del sistema de partidos, favorece o frena el surgimiento de nuevos partidos, define quiénes se quedan en el juego y quiénes salen. Por ejemplo, poner como umbral mínimo de votos para participar en el reparto de diputados plurinominales determina el tamaño del sistema (número de partidos, alianzas posibles, formas de financiamiento, entre muchos otros asuntos). Independientemente de cómo expresen sus preferencias los ciudadanos, las reglas electorales favorecen o dificultan la pluralidad, facilitan las alianzas, la representación de diversos sectores sociales, la estabilidad política o el cambio y la “inestabilidad”.

Pero más allá de las condiciones que definen el “sistema electoral”, lo que determina al sistema de partidos es la conducta electoral, la expresión de las preferencias de los ciudadanos en el acto de votar o no votar.

La búsqueda de explicaciones del comportamiento electoral en la estructura socioeconómica, en cierto modo presupone que la conducta individual se encuentra determinada por las condiciones sociales. Este enfoque teórico busca la explicación de las preferencias por un partido en las condiciones socioculturales en que vive la población, porque parte de la hipótesis de que existe un cierto grado de determinismo de las estructuras sociales sobre la conducta y las preferencias individuales; los partidos, por razones que se vinculan a su posición en la estructura socioeconómica, de tal suerte que las bases estructurales de la sociedad “determinan” la orientación política de los votantes, en afinidad con la definición ideológica de los partidos en un espectro de izquierda-derecha (Lipset, 1967).<sup>3</sup>

El condicionamiento sociológico parte de la idea de que aquellos electores que se encuentran ubicados en un mismo ambiente (social, religioso, laboral, familiar, de barrio, etc.), tienden a votar por el mismo partido o candidato, ya que el sufragio está basado en predisposiciones estables que se forman como una consecuencia de la localización social.

---

<sup>3</sup> Entre los autores que actualmente dan importancia a los aspectos estructurales en la explicación del comportamiento electoral, están Mair (1997) y Bartolini (1990).

En otros términos, la clase, la raza, la religión, etc. de un elector afectarán sobre cómo observa o valora la política y, en consecuencia, definirán por quién vote (Reyes del Campillo, 2002: 37; Catt, 1996).

En el debate en general se ha abandonado el determinismo socioeconómico y, con él, el interés por los estudios “ecológicos”, es decir, de geografía electoral. Se parte de la consideración que, dada la volatilidad de las preferencias partidarias, no tiene importancia el estudio de la relación entre territorio-población (con características socioeconómicas determinadas) y el comportamiento electoral.

Desde esta perspectiva, la política de clivajes (alineamientos fundamentales por razones ideológicas) ha cedido a la política de “temas estratégicos” (issue politics). Se considera que el sistema de partidos es la consecuencia de las preferencias electorales de los ciudadanos, motivadas por los “temas del momento”. Las ofertas que hacen los candidatos y los partidos, las simpatías que despiertan o la identificación emocional de los electores con los candidatos, son los elementos que pueden explicar la conducta electoral y que influyen en la formación del sistema de partidos (cuántos partidos hay en la competencia, qué estabilidad tienen, cuáles crecen y cuáles tienden a desaparecer); mientras que la “imagen” de los candidatos adquiere mayor preponderancia que los partidos, así como los “temas” de las campañas electorales.

Desde mi punto de vista, las teorías que ponían el énfasis en las estructuras sociales perdieron fuerza explicativa,

porque la modernización en las sociedades occidentales, que se precipitó a fines de los años setenta, provocó entre otras cosas que se rompieran los vínculos tradicionales entre partidos y clases sociales. Se ha vivido un proceso de desestructuración de las “clases sociales”, como consecuencia de la globalización (la creciente fluidez en las relaciones sociales, la movilidad geográfica, las telecomunicaciones y la internacionalización del mercado).

La fragmentación partidaria empezó a aumentar, no sólo por la presencia en el escenario electoral de nuevas fuerzas partidarias, sino con la recomposición política de las viejas fuerzas políticas partidarias. Por su parte, la polarización ideológica se redujo al alcanzar los partidos más puntos de convergencia que diferencias, resultado más de una fuerte desideologización de las principales fuerzas políticas y la condición de “catch all” que empezaron a adquirir la mayoría de los grandes partidos. Los partidos se enfrentaron a un electorado diferente, con nuevas preocupaciones, para el cual las viejas identidades de izquierda y derecha han quedado atrás. A este proceso se le ha llamado “desideologización”; para captar la mayoría de los votos, los partidos se han “corrido al centro”, perdiendo sus rasgos distintivos.<sup>4</sup>

Las nuevas corrientes teóricas se orientaron más a la búsqueda de las motivaciones individuales de los electores que al estudio de las condiciones socioeconómicas

---

<sup>4</sup> A estos partidos se les ha llamado “catch all” por su falta de identidad ideológica.

o directamente políticas del contexto, en el cual esos electores viven. Estas tendencias en la sociología política se dieron paralelamente al desarrollo de las encuestas de opinión, como instrumento privilegiado para conocer el comportamiento social.

Por un lado, se trasladaron los principios de la “maximización de las ganancias” de la teoría económica a la política, proponiendo como explicación de la conducta de los electores un esquema de “racionalidad” (rational choice), donde se plantea que cada uno de los votantes (y de los abstencionistas) están tratando de maximizar personalmente su propio interés y los partidos políticos de maximizar la oportunidad de otorgar los servicios al público. El argumento que presenta la teoría económica de la competencia partidaria es que el elector decide en términos de costo beneficio; es decir, elige entre las “mercancías políticas” que ofrecen los candidatos en una competencia electoral.<sup>5</sup>

Desde otras perspectivas teóricas no se atribuye “racionalidad total” a los electores, sino que además se buscan elementos en las teorías de la psicología individual y social para explicar cómo se conforman el imaginario ideológico, la orientación afectiva y otros elementos

---

<sup>5</sup> Reyes del Campillo (2002: 40) menciona a algunos de los autores precursores de esta corriente, como Michael Laver (1997). Los orígenes de la opción racional en el ámbito electoral se produce a partir de los trabajos de Joseph Schumpeter (1976) y de Antony Downs (1957).

afectivos, no necesariamente conscientes, que influyen en la decisión del voto de los ciudadanos, como la “empatía del candidato con los electores” y viceversa.

Sin embargo, las evidencias empíricas que se desprenden del estudio de las elecciones de la transición mexicana (de 1997 a 2003), nos remiten a la necesidad de recurrir a explicaciones estructurales, como podré mostrar en la presentación de los datos. Desde 1988, se presenta una tendencia al “desalineamiento” de las clientelas electorales del régimen autoritario, pero paralelamente surge un nuevo sistema de partidos plural, en el que algunas de las lealtades se reiteran en favor del PRI y en otros casos se aprecia un nuevo proceso de estructuración de preferencias por otros partidos. Además, estas tendencias presentan variaciones estables en regiones distintas, lo cual nos hace pensar en la necesidad de reintroducir el análisis del contexto socioeconómico y cultural para buscar su explicación.

Sostengo la hipótesis de que es necesario plantear el problema de la identidad partidaria del comportamiento electoral en el plano de la cultura política, como la condensación de las estructuras de poder, la ideología y las formas de conocer y explicar la realidad y, sobre todo, como la forma en que los ciudadanos interactúan con el poder o ejercen el poder, porque la política no es una cuestión de actitudes o de preferencias, sino de acción real en un contexto de poder, donde se lucha por dominar a otros o por cuestionar esa dominación.

Como sostiene Geertz (1987), la cultura política está en la mentalidad de los seres humanos, pero sólo existe si están en sociedad, y tiene como manifestación concreta la forma en que los integrantes de ese grupo social se relacionan. Hasta la guerra es una expresión de la cultura, encuentro y desencuentro de puntos de vista, valores, métodos de destrucción, finalmente relaciones entre grupos humanos. Esta noción de cultura como patrimonio colectivo nos permite entender mejor los aspectos afectivos y cognitivos que intervienen en las decisiones de los electores, porque no subordina lo político a lo material, como reclaman los críticos del enfoque ecológico, pero sitúa en el contexto social-histórico al individuo, lo que permite recuperar el significado de la comunidad política, geográficamente localizada, como sujeto de análisis. No es el individuo aislado el que un día decide por sí solo por quién votar, porque él vive en un contexto donde puede haber presiones sociales que son residuos de autoritarismo o, simplemente, se generan lealtades, expectativas, formas de interpretar los mensajes políticos. Pero la política (y en general la cultura) no está solamente en lo que la gente piensa o siente, sino en las relaciones de poder reales, en el intercambio de bienes, servicios, lealtades, en el ejercicio cotidiano del poder local. Y todos estos aspectos no son ajenos a la simpatía que pueden despertar los partidos en los ciudadanos y a la respuesta que los ciudadanos dan a través de su voto.

## **La transición mexicana y el nuevo sistema de partidos**

LOS CAMBIOS EN EL SISTEMA de partidos no son ajenos a los cambios en la sociedad y en la percepción que tiene la población de ellos y del papel que juegan los partidos y las elecciones en ese contexto. Las preguntas ¿para qué sirven las elecciones? y ¿cómo usan su voto los electores? han adquirido nuevos significados en el proceso de democratización, que ha vivido nuestro país en los últimos veinte años.

En el régimen autoritario (o en una democracia sin opciones, como era la mexicana) el voto era un ejercicio que servía para confirmar la capacidad de movilización del partido más poderoso, pero resultaba imposible cambiar a un gobernante o a un partido en el poder por medio del voto (la alternancia se alcanzó solamente en un gobierno de un estado de la República, Baja California, hasta 1989). Y tampoco fue posible cambiar significativamente la correlación de fuerzas partidarias en la Cámara de Diputados antes de 1997.

Muchos elementos contribuyeron a darle a las elecciones mayor significado para la población, mayor fuerza a los partidos, mayor transparencia al sistema electoral, pero el resultado empírico de los cambios en el sistema de partidos lo advertimos en los resultados electorales, que son expresión, en parte, del comportamiento electoral y, en parte, de las estructuras de poder.

A nivel nacional podemos hablar de un nuevo sistema plural de partidos en México, sobre todo de 1988 en adelante, donde los más importantes son el Partido Revolucionario Institucional (PRI), el Partido Acción Nacional (PAN), partido de derecha, tan antiguo como el PRI y mejor consolidado (ganó la Presidencia en el año 2000), y el Partido de la Revolución Democrática, nacido de la contienda presidencial de 1988 en la que Cuauhtémoc Cárdenas encabezó a la oposición de izquierda con sorprendentes resultados, además de múltiples partidos menores de diferente signo ideológico que han jugado un papel importante a nivel local y en alianzas muy exitosas con los partidos “grandes”. Por ejemplo, el Partido Verde Ecologista de México (PVEM) en 2000, cuya participación con el PAN en “Alianza para el Cambio” llevó a Vicente Fox Quesada a la Presidencia de la República y en 2003 en alianza con el PRI contribuyó considerablemente a que éste recuperara la mayoría relativa en la Cámara de Diputados.

En el cuadro 1 se presentan los resultados en números absolutos y porcentajes de las últimas tres elecciones de diputados federales. Se corrobora la tendencia al declive constante en la votación a favor del PRI (de 39% a 24% en 2003), pero la recuperación fue más importante en la última elección, gracias a un 14% de votos adicionales obtenidos en alianza con el PVEM; el crecimiento del PAN, que llegó a su máximo histórico de 38% en las elecciones de 2000, probablemente por el efecto positivo de su candidato a la Presidencia; así como el gran incremento del PRD hasta alcanzar 26% en 1997 (respecto de elecciones anteriores) y su declive en elecciones posteriores.

**Cuadro 1**  
**Elecciones para diputados 1997, 2000 y 2003**  
**Resultados nacionales y porcentaje por partido y alianza**

Partido	Año					
	1997 Votos	1997 % a	2000 Votos	2000 %	2003 Votos	2003 %
PAN/b	7'775,312	26.61	14'227,340	38.23	8'273,012	30.78
PRI	11'427,097	39.10	13'734,140	36.91	6'228,066	23.17
Alianza para Todos/c					3'650,721	13.58
PRD/d	7'514,615	25.71	6'954,016	18.69	4'734,612	17.61
PVEM	1'114,695	3.81			1'076,728	4.01
PT	754,949	2.58			643,473	2.39
PC	328,511	1.12				
PARM			272,635	0.73		
PCD			428,927	1.15		
DS			699,152	1.88		
PPS	99,197	0.34				
PDM	194,020	0.66				

Año

Partido	1997	1997	2000	2000	2003	2003
	Votos	% a	Votos	%	Votos	%
Convergencia					605,811	2.25
PSN					72,511	0.27
PAS					198,692	0.74
México Posible					243,419	0.91
PLM					108,937	0.41
Fuerza Ciudadana					124,240	0.46
Válidos	2'908,396	99.95	36'316,210	97.59	25'960,222	96.58
PRI+Alianza					9'878,787	36.75
Candidatos no reg.	16,038	0.05	30,439	0.08	16,452	0.06
Votos anulados			865,930	2.33	903,361	3.36
<b>Total/e</b>	<b>29'224,434</b>	<b>100.00</b>	<b>37'212,579</b>	<b>100.00</b>	<b>26'880,035</b>	<b>100.00</b>

a. Porcentaje respecto del total de votos.

b. En el año 2000, Alianza para el Cambio, integrada por PAN y PVEM.

c. En el año 2003, Alianza para Todos, integrada por PRI y PVEM, fue parcial y sólo en algunos distritos.

d. En el año 2000, Alianza por México, integrada por PRD, PAS, PASN, CDDPN y PT.

e. Incluye no registrados y anulados.

**Fuente:** para 2003, resultados preliminares, página del IFE: <http://www.ife.org.mx/computos2003/01/01mr.html>

Para 2000, *Memoria del Proceso Electoral Federal*, tomo II.

Para 1997, *Memoria del Proceso Electoral Federal*.

Nos queda por aclarar quién ganó o perdió electores, dado que en el cuadro 1 se habla de porcentajes respecto del total de votos válidos. Hay que tomar en cuenta el incremento o pérdida de votos de un partido en cifras absolutas con relación a la votación que recibió en la elección anterior. En el cuadro 2 se comparan las dos elecciones intermedias, 1997 y 2003, y se muestran las “pérdidas” o “ganancias” en votos reales y en porcentaje de incremento en 2003 respecto de 1997.

**Cuadro 2**  
**Elecciones de diputados**  
**pérdidas de votos en 2003 con relación a 1997**

<b>Partido/Alianza</b>	<b>Votos 2003</b>	<b>Pérdidas con relación a 1997</b>	<b>Porcentaje con relación a 1997</b>
PAN/a	8'273,012	497,394	6.40
PRI	6'228,066	-5'199,482	-45.50
Alianza para Todos/b	3'650,721		
PVEM	1'076,728		
PRD/c	4'734,612	-2'781,844	-37.01
PT	643,473	-111,583	-14.78
No reg./d	16,452	414	2.58
Nulos/e	903,361		
<b>Total</b>	<b>25'960,222</b>	<b>-3'267,086</b>	<b>-11.18</b>
		<b>-7'249,470</b>	<b>-102,90</b>

- a. Porcentaje respecto del total de votos.
- b. En el año 2000, Alianza para el Cambio, integrada por PAN y PVEM.
- c. En el año 2003, Alianza para Todos, integrada por PRI y PVEM, fue parcial y sólo en algunos distritos.
- d. En el año 2000, Alianza por México, integrada por PRD, PAS, PASN, CDPPN y PT.
- e. Incluye no registrados y anulados.

**Fuente:** Para 2003, resultados preliminares, página del IFE:  
<http://www.ife.org.mx/computos2003/01/01mr.html>  
Para 2000, *Memoria del Proceso Electoral Federal*, tomo II.  
Para 1997, *Memoria del Proceso Electoral Federal*.

El único partido que crece por sí solo muy poco es el PAN. El PRI pierde 46% de sus votos y el PRD 37%. Pero el PRI compensa esa pérdida gracias a los votos que gana en alianza con el PVEM en 2003; sin embargo, es imposible saber de esos tres millones 650 mil votos, que ganó la Alianza para Todos, cuántos le podían corresponder al PRI y cuántos al PVEM.

**Cuadro 3**  
**Participación electoral nacional 1997-2003**

Año	Lista Nominal	Votos válidos	Participación %
1997	52'208,966	29'208,396	55.95
2000	58'782,737	36'316,210	61.78
2003	64'710,596	25'960,222	40.12

En el periodo de estudio, el universo total de votantes creció en más de doce millones de personas, habiendo pasado de 52 millones a 64 millones inscritos en el listado de votantes en 2003. Sin embargo, la participación electoral en general ha disminuido de 56% a 40%, lo que explica la pérdida de votos de todos los partidos. En números absolutos, el crecimiento del padrón fue de 19%, mientras que los votos válidos disminuyeron en 12.51% entre 1997 y 2003.

El cambio de régimen se ha dado por medio de reformas electorales sucesivas y a través de elecciones cada vez más competidas. Este cambio puede interpretarse como un “desalineamiento” que ha llevado a la pérdida constante de votos del PRI, la cual podría significar una mayor libertad para que los ciudadanos emitan su voto, pero no ha conducido automáticamente a generar lealtades fuertes con otros partidos, sino que muchos de estos ciudadanos (con credencial de elector) han preferido abstenerse de participar en la elección. Sin embargo, cabe señalar que el padrón utilizado en las elecciones de 2000 y de 2003 es mayor a la población que registra el Censo General de Población, levantado por el INEGI en el año 2000, lo que obligaría a reconsiderar la dimensión del abstencionismo a la luz de los datos de población, cuestión que probablemente sea posible a partir de los datos más recientes recabados por el INEGI en el 2005.

## Las dinámicas regionales

ESTE PROCESO DE “DESALINEAMIENTO” también ha dado por resultado que se profundicen las diferencias entre regiones. En casi toda la República se encuentra al PRI como una fuerza política importante; sin embargo, en algunas regiones el “otro” partido fuerte es el PAN, en otras el PRD y en otras más algún partido con menor peso nacional, pero que en esa entidad en particular sí representa una opción política importante, como ocurre con el PT en Durango. Además, esas tendencias peculiares de cada región muestran una cierta continuidad en el tiempo, lo cual permite suponer que han surgido nuevas identidades partidarias y que éstas tienen relación con aspectos culturales y políticos con un arraigo histórico de largo plazo en esos lugares.

Las elecciones federales vistas a nivel desagregado, por entidad, por distrito, por sección o por municipio presentan otras características. Lo que se observa no es un país con un sistema de partidos plural, sino regiones con sistemas de partidos diferentes, a veces con mayor pluralidad, a veces con bipartidismo y, en ocasiones, con rasgos del sistema autoritario de partido único.

El estudio del comportamiento electoral en los 300 distritos electorales de mayoría arroja luz sobre la distribución irregular de las fuerzas políticas en el territorio nacional y su posible relación con características socioeconómicas o con la formación histórica y cultural de las regiones geográficas.

Pero antes, es pertinente mencionar una nota sobre el sistema electoral mexicano. Se trata de un sistema presidencial, con Poder Ejecutivo unipersonal electo por mayoría simple (igual que los ejecutivos de los niveles estatal y municipal) a una sola vuelta. El Congreso está constituido por una Cámara de Senadores con una representación integrada por entidades de la República (representación de la federación) y una Cámara de Diputados (representantes del pueblo) elegidos cada tres años por un método mixto: 300 son elegidos en distritos uninominales y 200 en cinco circunscripciones por un método de representación proporcional. La lógica debería ser que los diputados plurinominales compensen la desproporción que arroja una elección de distritos de mayoría, respecto del porcentaje de votos de los partidos contendientes (no siempre se ha cumplido). Por ello, se debe tomar en cuenta que cuando se mencionan los resultados de las elecciones de diputados de mayoría se tiene como total a los 300 distritos, mientras que el total de representantes en la Cámara son 500.

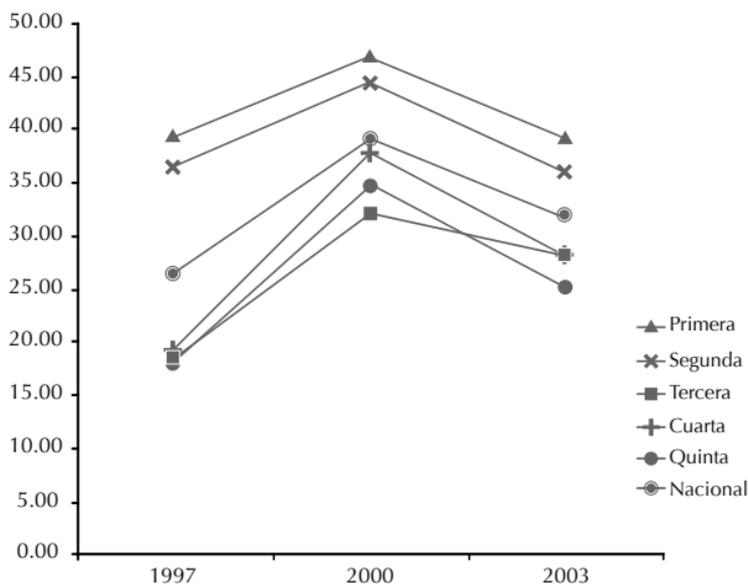
También es importante esta referencia al sistema electoral porque las circunscripciones dan un criterio de agregación de los resultados de las elecciones en los distritos, correspondiente a cómo se cuentan los votos a favor de cada partido y en qué se asignan los escaños en función del porcentaje de votos. Esto tiene un efecto relevante, ya que puede haber diferencias significativas que no solamente se relacionan con los votos de cada partido, sino de los resultados de cada circunscripción, por lo que la mayor o menor participación electoral, el nivel de competitividad

o fragmentación del sistema de partidos, etc. arrojan diferencias en los resultados.

Para este trabajo, he considerado esas cinco circunscripciones como un eje para el estudio de las diferencias regionales, como un criterio para ordenar y analizar los resultados de los 300 distritos electorales.

En las gráficas que se presentan a continuación se observa la trayectoria de los partidos más importantes en elecciones de diputados federales de mayoría para las elecciones de 1997, 2000 y 2003. Debe tomarse en cuenta que las elecciones de 2000 fueron también presidenciales y que, por esa razón, la participación electoral fue más alta y además la candidatura de la Alianza por el Cambio (PAN y PVEM), que resultó triunfadora, tuvo una notable influencia en los resultados electorales de diputados, donde los candidatos del PAN contendieron solos, pero resultaron favorecidos por la coincidencia de ambas elecciones en la misma fecha.

**Gráfica 1**  
**PAN: 1997-2003**  
**Votación en elecciones de diputados de mayoría por circunscripción y con promedio nacional**

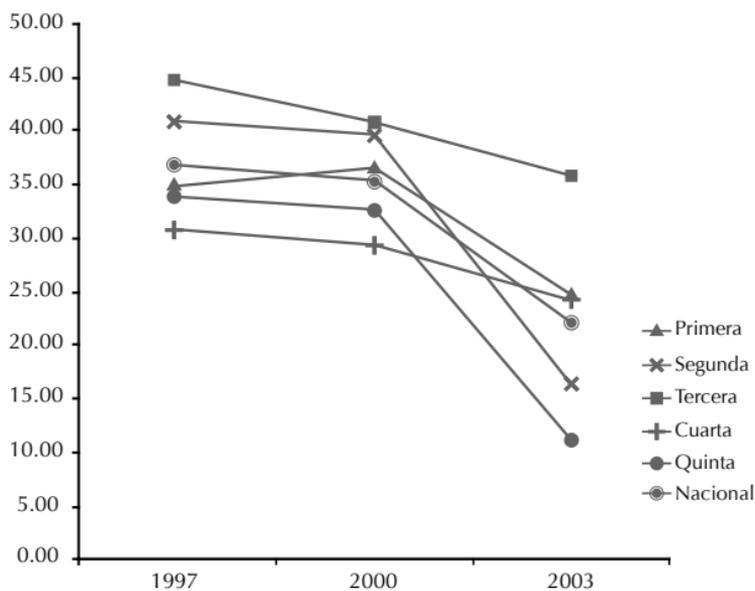


Los votos que ha recibido el PAN en elecciones de diputados federales muestran el efecto de la exitosa candidatura de Vicente Fox en el año 2000, como se ve en la gráfica 1; sin embargo, en todos los casos, las circunscripciones 1 y 2 (noreste y norte centro de la República) son las que en las tres elecciones muestran un resultado más favorable a este partido.

La gráfica 2 muestra la votación del PRI en las tres elecciones, sin considerar la alianza que hizo con el PVEM en 2003.

Aquí se observa una caída general en la votación en todas las circunscripciones, que arrastra su porcentaje nacional hacia abajo. Pero la caída más evidente se observa, sobre todo, en la segunda, la cuarta y la quinta.

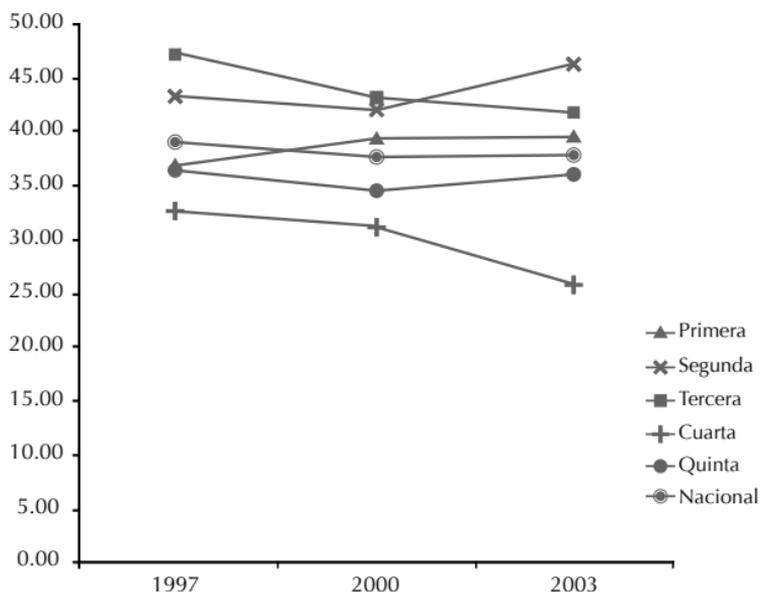
**Gráfica 2**  
**PRI: 1997-2003**  
**Votación en elecciones de diputados de mayoría por circunscripción y con promedio nacional**



La gráfica 3 presenta los resultados de las elecciones, considerando la votación del PRI y del PVEM en los distritos en los que en 2003 fueron aliados electorales. Se advierte

la gran diferencia que esa alianza significó para el PRI, en virtud de que representó el porcentaje necesario para que el PRI ganara muchos distritos, a pesar de que la votación a favor del PVEM no había sido muy alta.

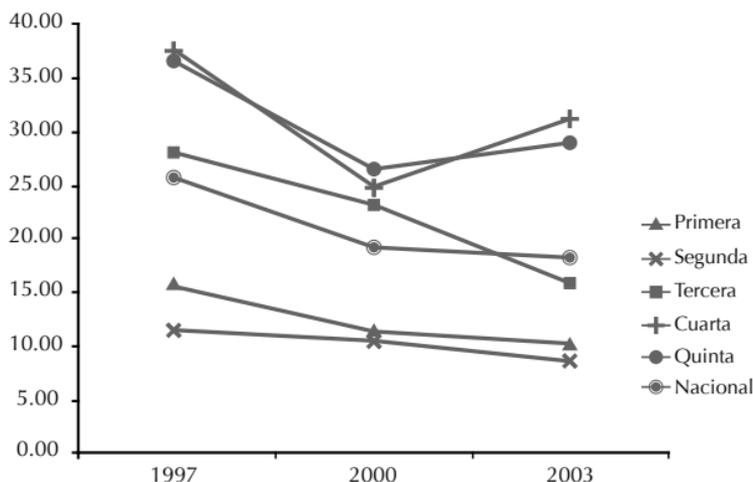
**Gráfica 3**  
**PRI: 1997-2000 en 2003 en Alianza con el PVEM**  
**Votación en elecciones de diputados de mayoría por**  
**circunscripción y con promedio nacional**



Por último, analizamos el desempeño electoral por circunscripción del PRD. Se vio afectado por la campaña presidencial de Fox, porque en todos los distritos su votación

disminuyó en 2000, pero en general se advierte que su votación ha crecido y se ha consolidado en la cuarta y la quinta circunscripciones; asimismo, que en la tercera ha disminuido en forma notable y que en la primera y segunda parece no haber tenido nunca (o cuando menos en este periodo) un crecimiento que lo coloque en situación de competencia con los partidos ganadores PRI y PAN.

**Gráfica 4**  
**PRD: 1997-2003**  
**Votación en elecciones de diputados por circunscripción y con promedio nacional**



## Marginación y comportamiento electoral

OTRA FORMA DE ORDENAR los resultados electorales de los 300 distritos de mayoría para elegir diputados es clasificarlos por grados de marginación. En este caso tomé la clasificación de distritos con los criterios del Consejo Nacional de Población.<sup>6</sup> El criterio usado combina un conjunto de variables, que indican pobreza, bajo nivel educativo, escasa infraestructura urbana, incomunicación, ausencia de actividades económicas de sector secundario y, en muchos casos, población indígena.

En primer lugar es interesante observar que la marginación en el país es muy diferente dependiendo de la región que se trate. Si se clasifican por grado de marginación los distritos que integran cada una de las cinco circunscripciones se observa que la primera y la segunda no tienen distritos de alta marginación, mientras que la tercera tiene mayor número de distritos de muy alta y alta marginación; en la cuarta los distritos son muy marginados (37%) o de muy baja marginación (51%); en la quinta no hay distritos altamente urbanizados, ni con grado de marginación media; en cambio, el 61% de los distritos se encuentra clasificado como de baja marginación.

Si se recuerda la votación de los partidos, es fácil percibir que las circunscripciones de baja o muy baja marginación

---

<sup>6</sup> La clasificación de distritos que hizo María Eugenia Valdés teniendo como sustento los índices de marginación del Consejo Nacional de Población.

son poco propicias al PRI. En tanto que las zonas de muy baja marginación ofrecen mejores posibilidades de desarrollo al PAN y al PRD.

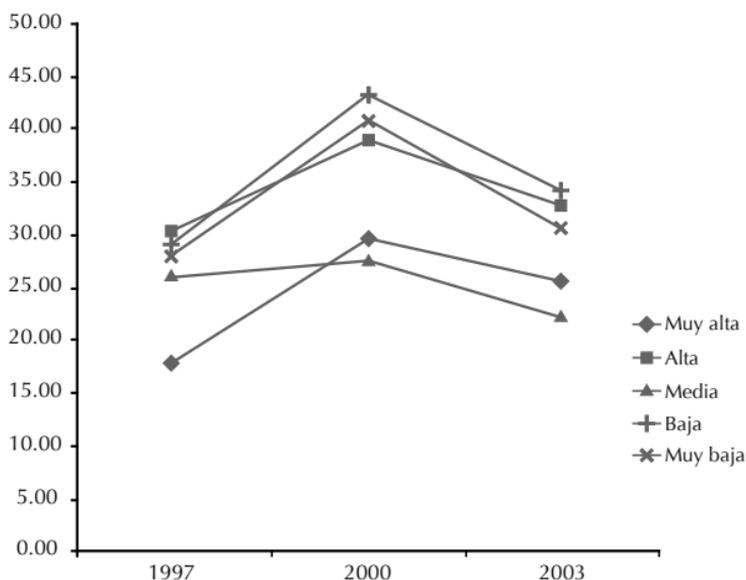
**Cuadro 4**  
**Grados de marginación de los distritos por circunscripción electoral**  
**Mismos distritos de 1997 a 2003**

Circunscripción	Primera		Segunda		Tercera	
	Distritos	%	Distritos	%	Distritos	%
Muy alta					46	75.41
Alta	15	24.19	21	35.59	13	21.31
Media	11	17.74			2	3.28
Baja	30	48.39	27	45.76		
Muy baja	6	9.68	11	18.64		
<b>Total</b>	62	100.00	59	100	61	100.00

Circunscripción	Cuarta		Quinta		Total	%
	Distritos	%	Distritos	%		
Muy alta	22	37.29	10	16.95	78	26.00
Alta			13	22.03	62	20.67
Media	3	5.08			16	5.33
Baja	4	6.78	36	61.02	97	32.33
Muy baja	30	50.85			47	15.67
<b>Total</b>	59	100.00	59	100.00	300	100.00

Las gráficas de los votos ganados por partido, en los distritos clasificados por grados de marginación, confirman las tendencias observadas por circunscripciones; en la tercera, que es donde el PRI es más exitoso, se concentra el 75% de los distritos de muy alta marginación.

**Gráfica 5**  
**PAN: 1997-2003**  
**Votación en distritos electorales por grado de marginación**

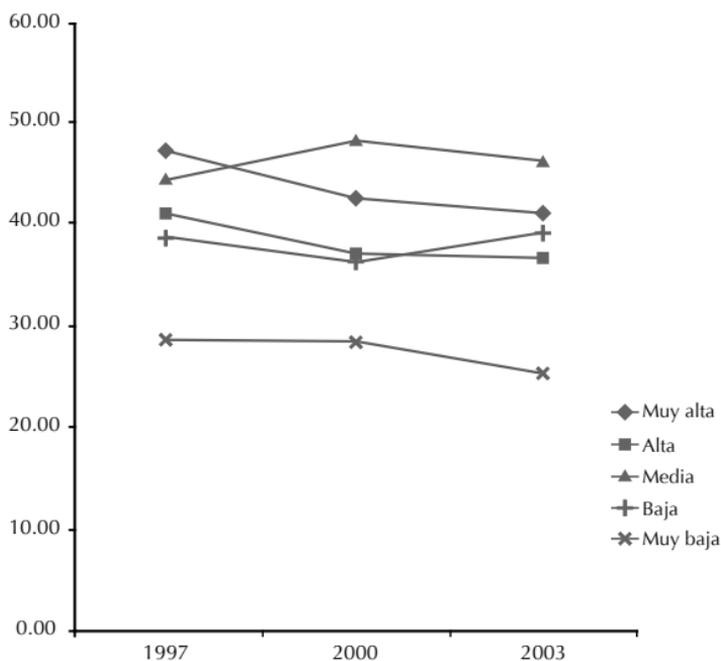


En cambio, es muy evidente que el PAN tiene su territorio más fuerte en los distritos de baja marginación; pero no se encuentra una relación directa entre marginación y partido, porque, como se observa en la gráfica, los distritos

de marginación media son el peor escenario para el PAN. Se observa un dato curioso, pues en dos tipos de distritos la votación del PAN sube después de 2000: los de muy alta marginación y los de alta marginación. De hecho, son los únicos que muestran un franco crecimiento, lo cual podría explicarse por el apoyo de los programas federales que la Presidencia de Fox ha impulsado para combatir la pobreza. Sin embargo, en todos los demás casos lo que indican estos datos es una pérdida de votos en distritos de baja o muy baja marginación.

**Gráfica 6**  
**PRI: 1997-2003**

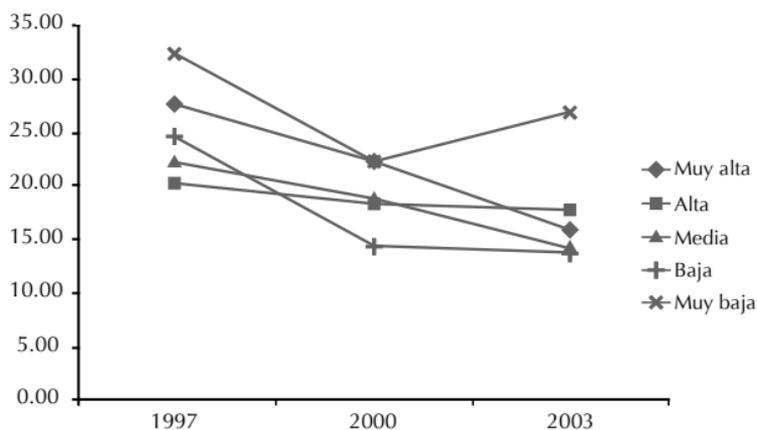
**Votación en distritos electorales por grado de marginación**



Para el PRI, el país también se divide entre las regiones de alta o de baja marginalidad. En 1997, los distritos de muy alta marginación fueron los que le dieron más votos y, en 2000, los de media marginación. Sin embargo, en 2003 recupera votación en los distritos de las categorías de baja marginación, que podría explicarse por la alianza que realizó con el PVEM, con la cual logró levantar su votación en distritos urbanos, mientras que en los distritos de muy alta marginación, donde no hubo alianza, descendió su votación significativamente.

Por último, tenemos la gráfica 7, donde se muestra la votación del PRD en distritos clasificados con los criterios de marginación. Este partido ha tenido siempre muy poca presencia electoral en distritos de muy alta marginación, inclusive más baja que la del PAN, lo cual resulta un poco extraño porque al PRD siempre se le ha identificado con sectores de población de escasos recursos y rurales. En cambio, los distritos que más votos le han aportado son los clasificados como de muy baja y baja marginación; en ambos casos perdió votos en el año 2000, sobre todo en los de baja marginación, probablemente por efecto de la campaña presidencial de Fox, que arrastró en forma ascendente a los diputados panistas.

**Gráfica 7**  
**PRD: 1997-2003**  
**Votación en distritos electorales por grado de marginación**



En cambio, en esas elecciones subió mucho en distritos de marginación alta y después volvió a bajar. Pero en las elecciones de 2003 los distritos en los que casi alcanzó el 60% de los votos fueron los de muy baja marginación (muchos de ellos probablemente corresponden a la Ciudad de México, gobernada por este partido).

## Reflexiones finales

LA DIFERENCIACIÓN POLÍTICA de las regiones también se articula con los procesos de globalización, en una dinámica en la que lo regional adquiere una nueva visibilidad, en un contexto que rebasa en los referentes nacionales. En los datos electorales analizados en los 300 distritos electorales se advierte que las tendencias nacionales muestran un promedio que esconde las diferentes tendencias locales, los partidos ganan votos en una región mientras los pierden en otra, lo cual nos revela que hay dinámicas políticas diferenciadas por entidades de la república o por características socioeconómicas de la población.

Estas reflexiones, que se desprenden de la observación de las series estadísticas de los últimos años,<sup>7</sup> me han llevado a cuestionar las interpretaciones más de moda respecto de la conformación de los sistemas partidarios que pretenden buscar la interpretación exclusivamente en la conducta individual, tanto quienes sostienen las tesis de la “decisión racional” (rational choice), como quienes buscan solamente en las inclinaciones emocionales o ideológicas individuales la explicación de las preferencias partidarias.

En México se plantea el problema de un sistema de partidos plural en construcción. Ante esto, surge la pregunta: ¿cuáles son los elementos que influyen en

---

<sup>7</sup> Cuando menos desde 1994 cuando se han podido obtener datos electorales más confiables y desagregados hasta el nivel seccional.

los electores o los motivan para trasladar su lealtad del PRI, por el que muchos de ellos votaron por lo menos hasta las elecciones intermedias de 1991, a otro partido (quienes ahora en 2005 son mayores de 30 años)? Esas diferencias no son aleatorias; es evidente, al analizar las series de datos electorales, que hay regiones, inclusive secciones, que muestran tendencias particulares, que las diferencias de su entorno. El promedio de votos de una entidad generalmente encubre esas particularidades, pero la regularidad con la que persisten esos rasgos me hace dudar de la volatilidad del voto. Es cierto que hay cambios, pero éstos tienen una dirección, no son simplemente hacia cualquier partido, pueden darse entre el PRI y el PAN o entre el PRD y el PAN; sin embargo, hay algunas tendencias que se pueden trazar a lo largo del tiempo.

La tendencia histórica más consistente ha sido la disminución de votos del PRI, pero las regiones se diferencian entre sí, mostrando incipientes sistemas bipartidistas, plurales o persiste el sistema de partido único.

Este cambio tan importante se ha producido en forma muy diferenciada, como lo constatan los resultados que hemos visto; por ello, considero necesario discutir la pertinencia de las diferentes perspectivas teóricas para aproximarse a la interpretación del comportamiento electoral.

## Bibliografía

Catt, Helena. 1996. *Voting Behaviour. A radical Critique*. Londres: Leicester University Press.

Downs, Antony. 1957. *An Economic Theory of Democracy*. Nueva York: Harper and Row.

Geertz, Clifford. 1987. *La interpretación de las culturas*. Gedisa.

Lipset, Seymour y Stein Rokkan. 1967. "Cleavages Structures, Party Systems and voter Alignment: an Introducción". *Party System and Voter Alignments*. Nueva York: Free Press.

Michael Laver. 1997. *Private Desires, Political Action*. Londres: SAGE Publications.

Oñate, Pablo y Francisco Ocaña. 1999. "Análisis de datos electorales". *Cuadernos metodológicos* No. 27. España: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Reyes del Campillo, Juan. 2002. *Partidos y elecciones en México. Realineamiento y reordenamiento político electoral 1988-2000*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. México: UAM-Iztapalapa.

Schumpeter, Joseph. 1976. *Capitalismo, socialismo y democracia*. Madrid: Aguilar.



---

## Dra. Silvia Gómez Tagle

---

DOCTORA EN Antropología por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, es profesora-investigadora en el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México desde hace más de 25 años; su campo de especialización han sido los procesos políticos y electorales en México; ha realizado diversas investigaciones y dirigido varios proyectos colectivos, como el publicado con el título *1994. Las elecciones en los estados, México*, La Jornada Ediciones y el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM.

También ha publicado resultados de investigaciones individuales como el libro *La transición inconclusa: treinta años de elecciones en México*, El Colegio de México, 1997.

Desde 1995 ha sido directora de la revista Nueva Antropología y es editorialista de *La Jornada*.





reflexiones  
de  
política  
democrática

---

Centro de Información Electoral  
Departamento de Promoción Editorial

**Área de Diseño Gráfico y Editorial**

Jorge Armando Becerril Sánchez  
Mirna Espinosa de los Monteros Romero  
Emmanuelle Ramos Jiménez

**Área Editorial**

Ana Lley Rey Pérez  
Tania López Reyes  
Gabriela Mañón Romero  
Martha Elena Díaz Hernández

**El Cambio de Valores y la Trayectoria Mexicana. Leales y volátiles: proceso de consolidación del nuevo sistema de partidos mexicano a través de las elecciones de diputados federales en México, 1994–2003.** Se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2006. En los talleres

La edición estuvo a cargo del Departamento de Promoción Editorial del Centro de Información Electoral del Instituto Electoral del Estado de México. Esta edición consta de 2,000 ejemplares.